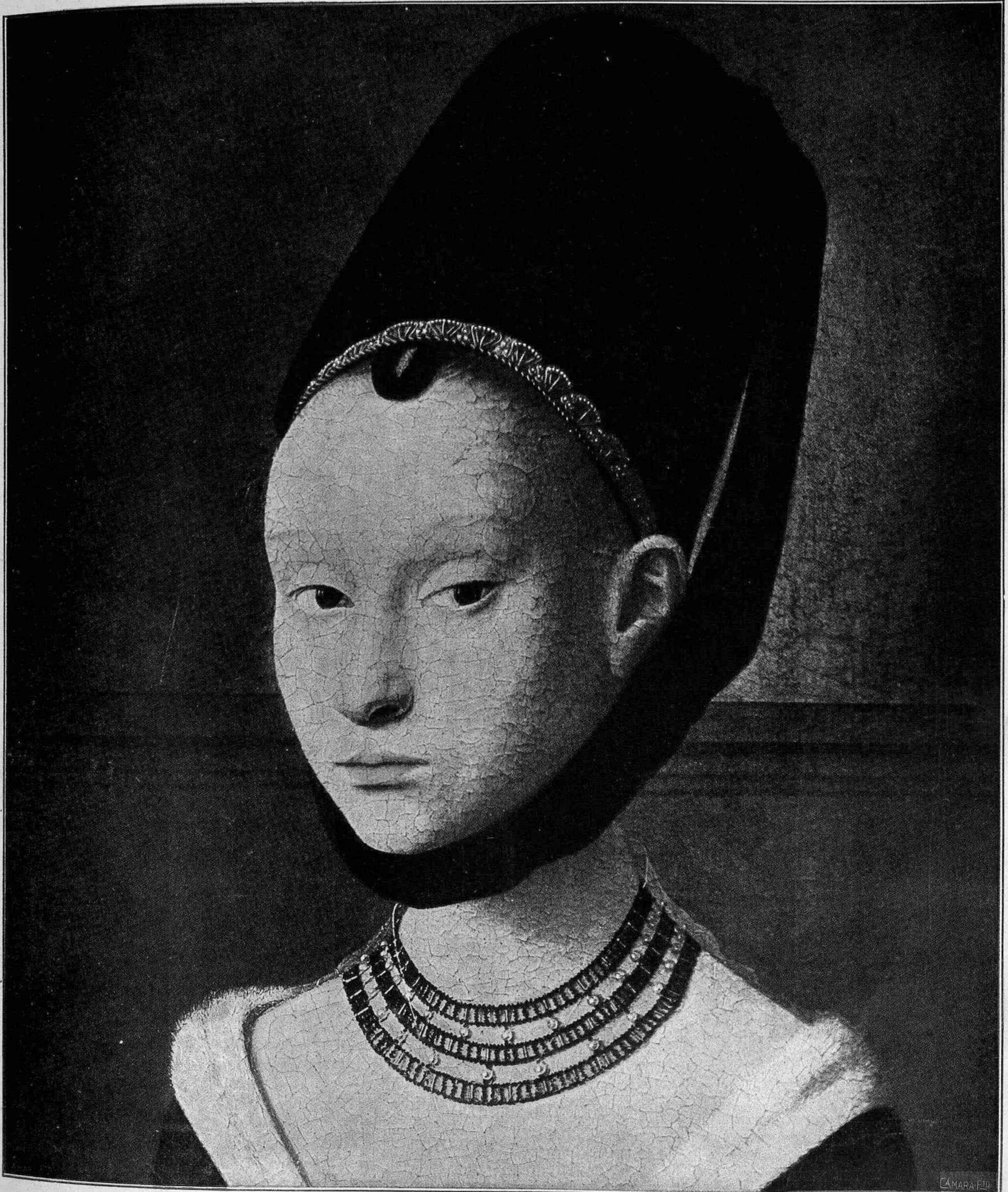


La Esfera

ATENEOR
BIBLIOTECA
MADRID

Año VII ^{to} Núm. 352

Precio: Una peseta



RETRATO DE MUJER, cuadro original de Petrus Christus

CAMARA FIDU

PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan
siempre esta marca y nombre
BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas

A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues devuelve al cabello, *sin teñirlo*, la substancia que le da vida y color, haya sido *rubio, negro ó castaño*. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha. Se usa lo mismo que el ron quina.

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfinísima, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, Rachel claro y Rachel obscuro.



CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda. Blancura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).

LOCION BELLEZA Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con *arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc.*, á las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Deleitosa perfume.

TINTURA WINTER Marca belleza. Con una sola aplicación desaparecen las canas; *cabello, barba ó bigote*, hermoso castaño ó negro. Es la mejor y más práctica.

PELÍFERO BELLEZA (vegetal) Detiene inmediatamente la caída del cabello. Hace renacer el cabello á los *calvos*, por *rebelde que sea la calvicie*. Cabeza sana y limpia de *caspa*.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Buenos Aires, A. García y C.^a, calle Cerrito, 393.—En Habana, droguería de Sarrá.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cía., Badalona (España).

Vea usted
Compre usted
Lea usted

El Año Artístico 1919

Es la historia de las Bellas Artes en España,
escrita por el ilustre crítico

JOSÉ FRANCÉS

Un tomo de 420 páginas de gran tamaño, con 350 magníficas ilustraciones y cubierta á todo color, original del admirable dibujante

MANUEL BUJADOS

TRECE PESETAS



Remington UMC

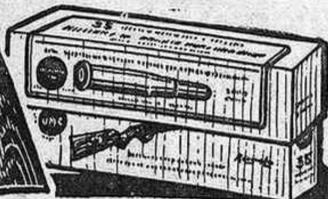
Rifles de Repetición

Estos rifles representan una idea avanzada en la construcción de rifles. Proveen al tirador con cinco cartuchos para servicio inmediato, uno a la vez o a tiros seguidos que se suceden con rapidez asombrosa.

Tienen recámara enteriza y muchas otras propiedades de superioridad que hacen que su uso sea un placer y al mismo tiempo proporcionan los medios de seguridad en los disparos.

Remington
UMC
La Marca Preferida

Pida al comerciante, a quien haga Ud. sus compras, que le enseñe los rifles Remington. Si no los tiene en su existencia de mercancías pida que se los consiga. Se fabrican en calibre 25, 30, 32 y 35. • Se envía catálogo gratis a quien lo solicite. Se ruega al interesado que escriba su dirección con claridad.



REMINGTON
UMC

C-5

THE REMINGTON ARMS UMC COMPANY, Inc.
233 Broadway, Nueva York

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran
lujo

Se han puesto á la venta las correspondientes
al primer semestre de 1920

SE VENDEN EN LA
ADMINISTRACIÓN DE Prensa Gráfica (S. A.)

HERMOSILLA, 57 MADRID

al precio de 6 pesetas

Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franqueo y certificado

Baldrich 920



Una nota de elegancia y "chic" es usar en la playa, después del baño, las

AGUAS DE COLONIA CALBER : ORIENTE FLORIDO
LAS MENINAS :: MARAVILLAS DE ESPAÑA

Lavarse con **JABON CALBER**. Y espolvorear su cuerpo con los
inimitables **POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER**.

PERFUMERIA HIGIENICA CALBER

San Sebastián

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

J. C. WALKEN

FOTÓGRAFO

16, Sevilla, 16

Sucursal de LA ESFERA
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

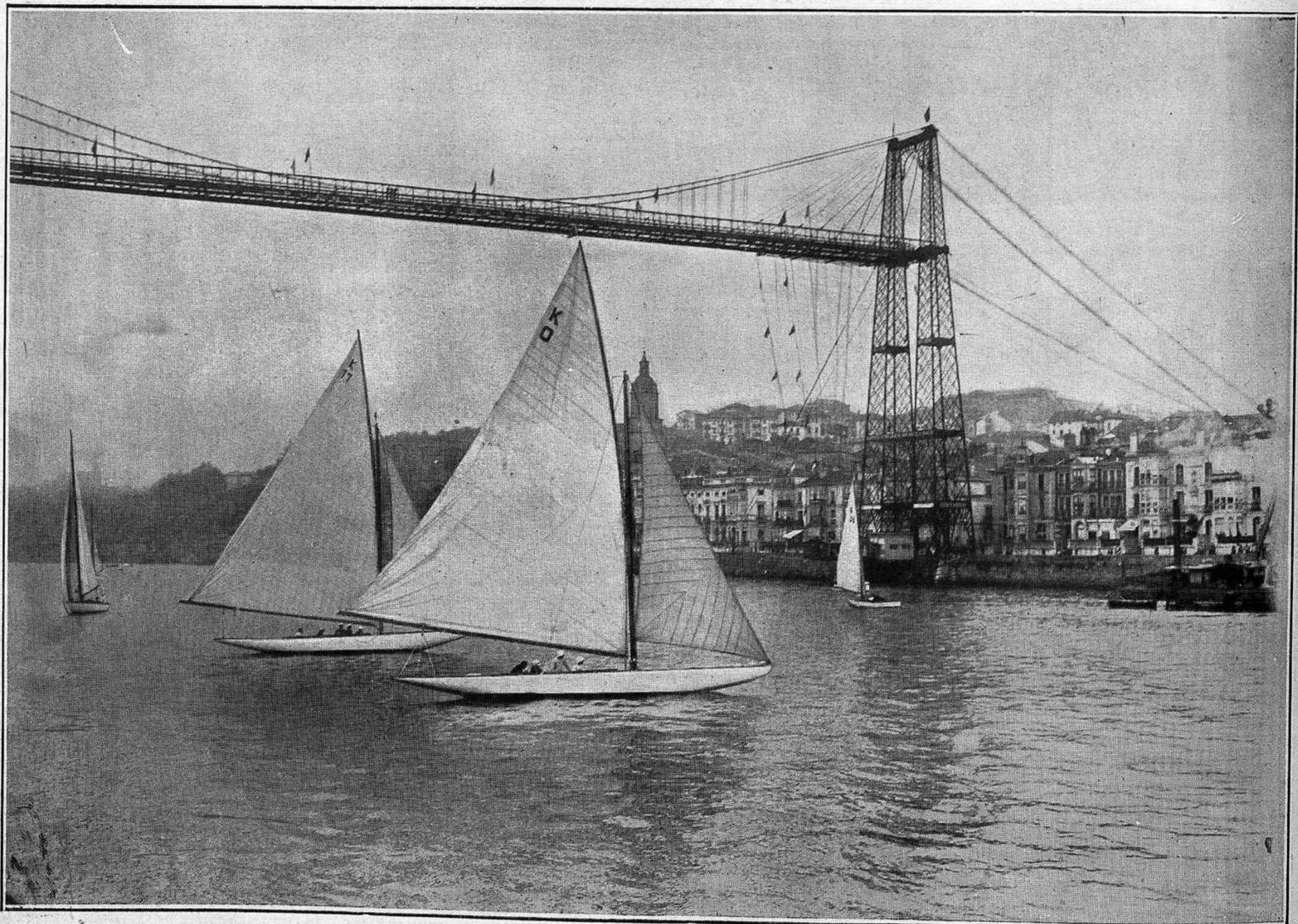
LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite á provincias y Extranjero toda clase de libros, y gratuitamente el Boletín bibliográfico

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

PANORAMAS ESPAÑOLES



Balandros pasando por debajo del puente "Vizcaya", en la ria de Bilbao

FOT. CAMPÚA, H.

DEKHAN ◊ HAIDER-ALÍ

La vasta región de la India Inglesa llamada Dekhan (ó país del Sur) no ha guardado siempre los mismos límites.

Los antiguos libros sánscritos designan con esta palabra al país situado al Sur de los montes Vin-dhyas, hasta el cabo Comorin, limitado al Este por el golfo de Bengala y al Oeste por el mar de las Indias.

Posteriormente se ha llamado Dekhan la vasta meseta situada entre los ríos Narbada y Mahamud-di al Norte, el Kircha al Sur, y flanqueada por los Gates orientales y occidentales.

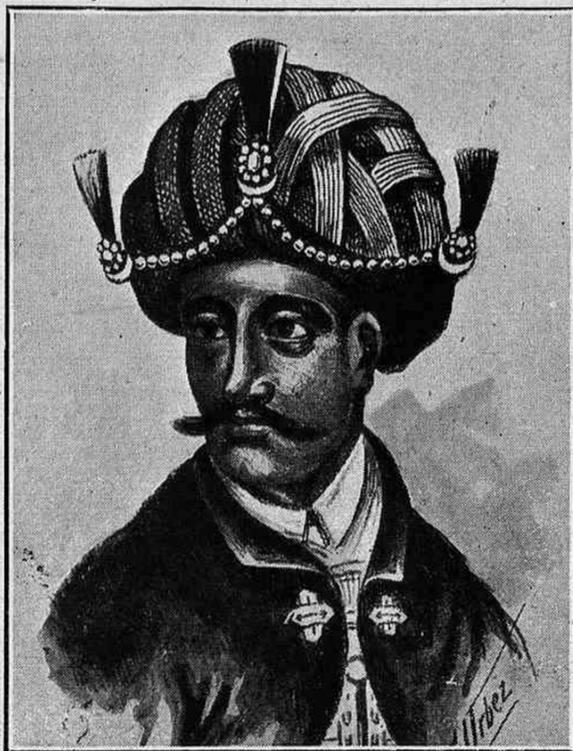
Muchas son las comarcas comprendidas en tan vasta región, mereciendo mencionarse el Hyderabad, ó Nizan, en el Centro; la provincia de Dekhan al Oeste, el Berar y Bastar al Norte, el Jaipur en el Este, y especialmente el reino de Mysore, que termina esta región por el Mediodía, siendo tal su importancia, que con frecuencia se designa el Dekhan con el nombre del antedicho Estado.

A mediados del siglo XVIII, como consecuencia de haberse extinguido en el Mysore la dinastía reinante en su línea directa, estalló en el Dekhan una larga y sangrienta guerra civil, durante la cual se dió á conocer un jefe indo que debía reconstituir el antiguo Estado indostano, fundando un Imperio de los más importantes de su tiempo.

Llamábase este jefe Haider-Alí, y era oriundo del Penjab, donde había tenido principios bastante oscuros.

Combatiente á las órdenes del Soberano de Mysore, distinguióse tanto en el asedio de un castillo, que no tardó en verse jefe de una fuerte partida de tropas á sus expensas sostenidas y obtener la soberanía del pequeño Estado de Dindigul.

Sobrado de sagacidad y con medios para encumbrarse, aprovechó la ocasión de sofocar un alzamiento de las tropas de Mysore que reclamaban sus atrasos, para intervenir en el movimiento y normalizar la situación, obteniendo en recompensa las rentas de algunos distritos y el gobierno del territorio de Bangalore.



HAIDER-ALÍ

Su popularidad como hábil político cimentóse rápidamente, y su fama de experto general le señaló un distinguido sitio entre los más valerosos guerreros de la Corte mysoriana.

La invasión de los maharatas en 1759 sirvió á nuestro biografiado para acrecentar de un modo asombroso su poderío. Llamado unánimemente por el pueblo para ponerse al frente del ejército de

Mysore, logró en una breve y fructuosa campaña derrotar de tal suerte á sus contrarios, que se sometieron completamente á las duras condiciones de paz que el vencedor les impusiera.

El rajá de Mysore, altamente satisfecho de su gestión guerrera, apresuróse á nombrarle su primer ministro, y accediendo á indicaciones de Haider-Alí, le hizo donación de tales rentas y dominicos de distritos, que pronto su poderío fué igual al de su Soberano.

Receloso éste de la preponderancia de su ministro, organizó un complot para asesinarle en su propio palacio; pero habiendo fallado el golpe y logrando Haider-Alí escapar con vida del atentado, no tardó en presentarse ante la capital seguido de buen número de partidarios, que obligaron al rajá á abdicar en 1761, apoderándose de sus Estados el astuto Haider-Alí.

Sus expansiones territoriales despertaron los celos de Inglaterra, trayendo como consecuencia una sangrienta campaña, en la que más de una vez logró derrotar á los ingleses, llegando hasta las puertas de Madrás, firmando una paz altamente ventajosa para el Soberano del Dekhan.

Dueño de la situación, dedicóse Haider-Alí á organizar y cimentar todas las partes del vastísimo Estado que acababa de fundar, y que en su incesante crecimiento amenazaban ya á los dominios del Gran Mogol.

Inquieta Inglaterra por aquella serie de victorias que le creaban un temible rival para sus proyectos colonizadores, organizó una fuerte coalición con otros Soberanos indios, encendiéndose nuevamente la guerra, en la que Haider-Alí, tras una larga serie de alternativas de triunfos y derrotas, le sorprendió la muerte en Tchitar en 1782.

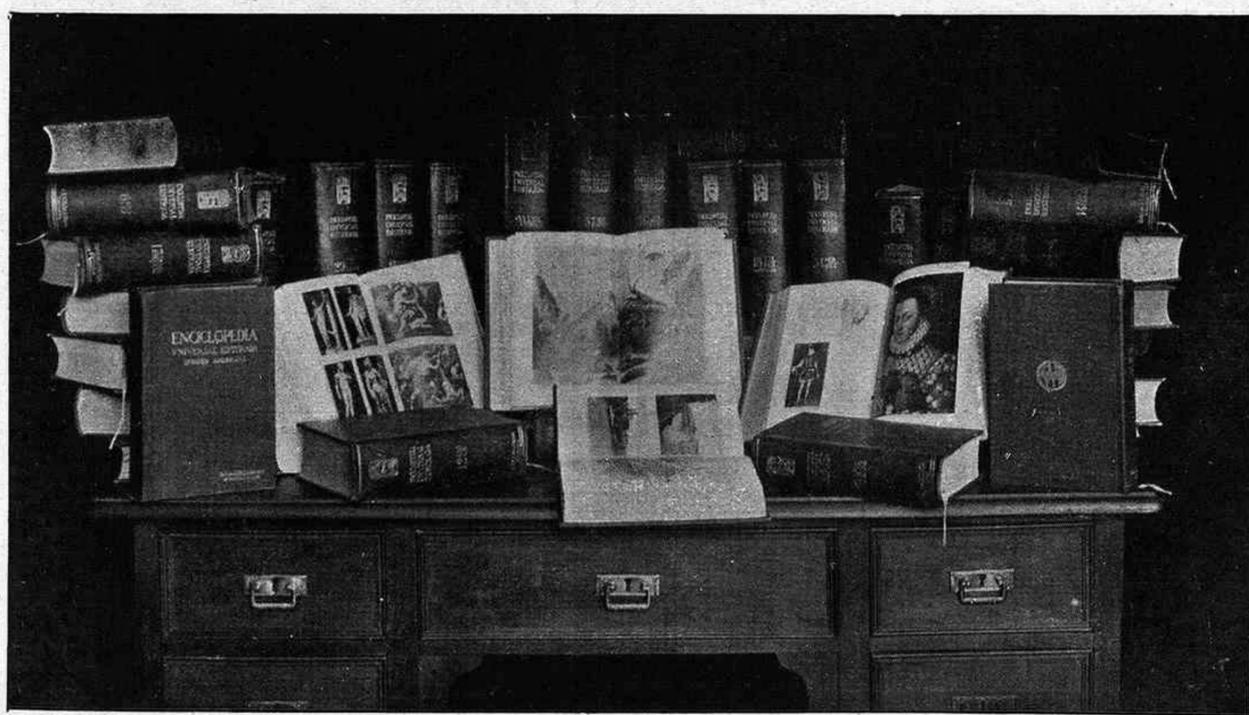
Su hijo y sucesor, Tippu-Saib, continuó la guerra contra los ingleses con el mismo encarnizamiento; pero acorralado por fuerzas superiores, halló la muerte en la contienda, acabando en él la dinastía fundada por su padre.

CARLOS URBEZ

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO - AMERICANA ESPASA

Hijos de J. Espasa, editores = BARCELONA = Calle de Cortes, 579 y 581

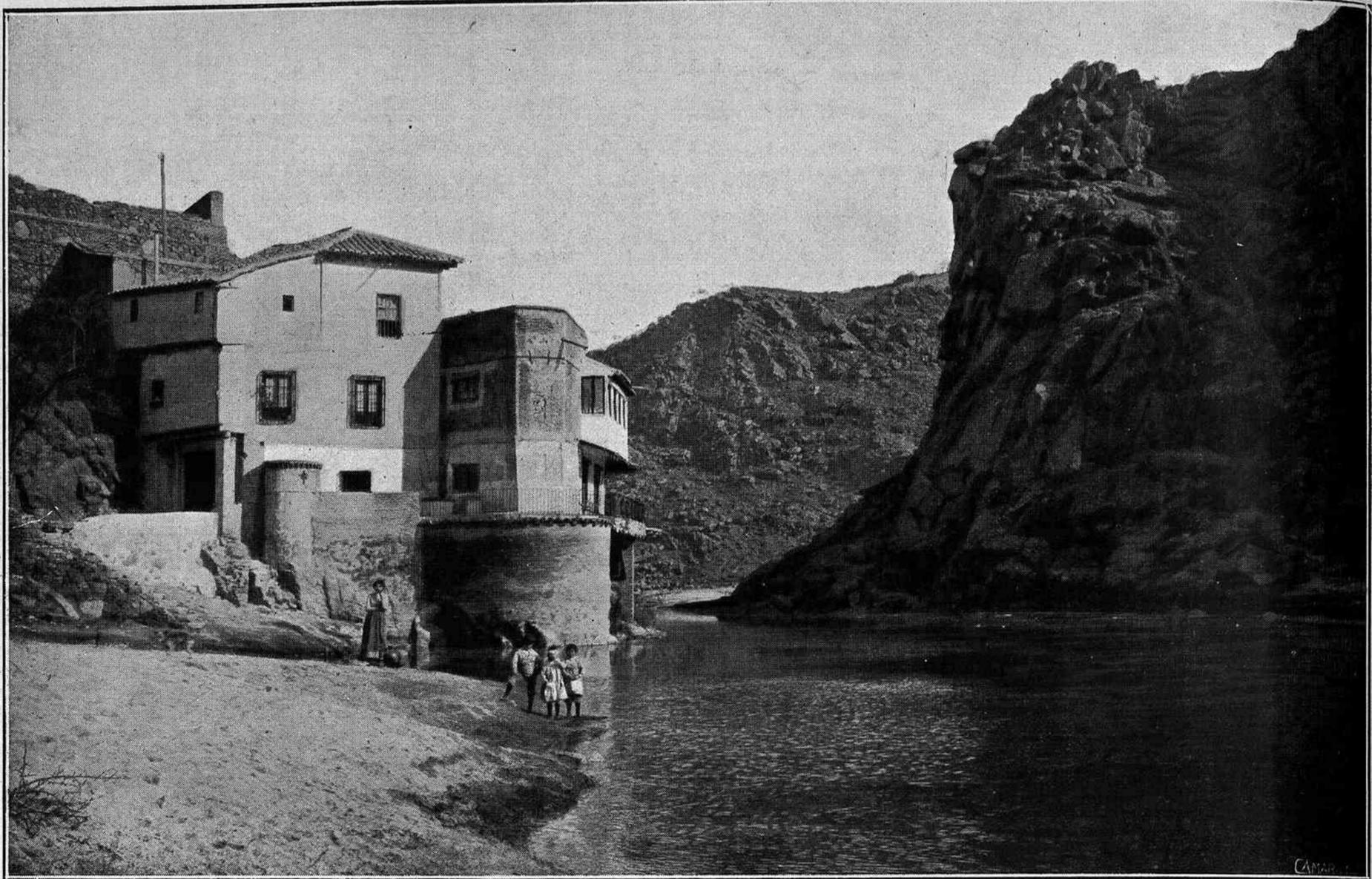
Es la obra mejor ilustrada del mundo.—Ha obtenido el primer premio en todas las Exposiciones á que ha sido presentada.—Se adquiere á precios módicos y con toda clase de facilidades.—Se suscribe en las principales librerías y centros de suscripción de España y América



La crítica, que le prodiga elogios sin tasa, reconoce con rara unanimidad que está muy por encima de todas las publicaciones de su género, así españolas como extranjeras

Un ligero examen de cualquiera de sus tomos es aconsejable antes de adquirir un diccionario enciclopédico

RINCONES DE TOLEDO



La casa del Diamantista, en la orilla del Tajo

FOT. BONILLA SAN MARTÍN

El placer de un nuevo "confort"

Overland

El OVERLAND 4 posee ventajas absolutamente nuevas y exclusivas.

Sus muelles de suspensión en tres puntos le dan una suavidad en la marcha, que no se había podido obtener hasta ahora ni en los automóviles de mayor categoría.

El OVERLAND, por el contrario, es ligero, asegurando, pues, una gran economía de gasolina y neumáticos.

Para informes sobre este coche ú obtener un catálogo ilustrado, dirigirse á

SOCIEDAD COOPERATIVA
AUTO INDUSTRIAL "EXCELSIOR"

Calle de Alvarez Baena
MADRID



ESPAÑA

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

☐ "LA ESFERA" ☐ "MUNDO GRÁFICO" ☐

"NUEVO MUNDO"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono S-9

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	40 pesetas
» »	Seis meses.....	22 »
» »	Tres »	12 »
EXTRANJERO	Un año	60 »
»	Seis meses.....	35 »
PORTUGAL	Un año	45 »
»	Seis meses.....	25 »

Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	15 pesetas
» »	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO	Un año	25 »
»	Seis meses.....	15 »
PORTUGAL	Un año	18 »
»	Seis meses.....	10 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	19 pesetas
» »	Seis meses.....	10 »
EXTRANJERO	Un año	30 »
»	Seis meses.....	16 »
PORTUGAL	Un año	22 »
»	Seis meses.....	12 »

La Esfera

Año VII.—Núm. 352

Madrid, 2 de Octubre de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



PAISAJE SUIZO

Cuadro original de Emerico Hartwich Nunes



DE LA VIDA QUE PASA

ESPECTÁCULO TRÁGICO

PLAYA de moda. Tarde de sol, apenas oreada por la brisa. Expectación y ondulación dramática en la muchedumbre. ¿El circo? ¿El cuerpo, envuelto en joyante seda, cerca de las astas del toro? No: el vasto salón del Gran Casino, la mesa de «treinta y cuarenta» y el desconocido, famoso ya, que desde hace algunas tardes viene a jugar fuerte. Y como en el otro juego trágico de la bestia y del torero, cuando el ciego ímpetu y la argucia se encuentran en un espacio y en un tiempo donde sólo caben ellos y el drama, en este duelo del individuo contra una organización en la cual ha sustituido la ventaja matemática a los nervios, padres del desaliento y de la cólera, el público contiene también el aliento para no perder ese supremo instante del choque en que una de las dos fuerzas ha de ser vencida.

El hombre contra el bruto, el hombre contra la banca: tal es la semejanza y la diferencia, ¡ay!, entre esos dos juegos. Inútil es que el cálculo explane el desnivel de posibilidades; el límite en la ganancia, la terrible puerta del empate a treinta y un punto— el más frecuente por la distribución de las barajas—, su flaqueza nerviosa y la impasibilidad de los empleados del banquero, su falta de imaginación para perder ante las fichas de nácar el concepto del valor del dinero... Nada arredra al iluso ó al poeta anheloso de precipitar en unos segundos de azar, en el sí ó en el no á que se reduce todo pase, la esencia de su propio destino, que en la vida cotidiana ha de diluirse en lentas alternativas sin emoción ni transcendencia. Ese monstruo matemático nutrido de supersticiones, que se llama juego, atrae porque palpitan en él los propulsores cardinales del alma; la codicia, el miedo, la esperanza, aventados por dos demonios familiares al hombre: la facilidad y la rapidez. Junto al menos limpio tapete verde cristaliza una imagen sintética de la existencia. En cada uno de esos tímidos que arriesgan la postura mínima, ya tras titubeos dolorosos, ya en ese ademán desesperado de la cobardía que tanto se parece al valor, refléjase el espectáculo cotidiano del combate contra la adversidad. Y cuando á modo de un cometa surge el héroe, que doma sus instintos y expone la esencia económica de su vida, muchos de los balbucientes jugadores se paralizan y viven una emoción más desinteresada, sumando su voluntad expectante al juego heroico del audaz, como los oscuros legionarios dan su tiempo, su dolor y sus vidas por el caudillo.

El «héroe» de hoy es un hombre cetrino, enjuto, tal vez más joven de lo que parece, pues hay en la lentitud de sus ademanes y en la serenidad de su rostro algo contenido. Su juego es sencillo; no busca en engañosas

combinaciones de la inteligencia la prolongación del tiempo, sino que mantiene su tanto después de los pases perdidos, y deja, en cambio, la ganancia íntegra en busca de una repetición numerosa que le permita en pocas jugadas resarcirse de las pérdidas y llegar pronto á las ganancias máximas.

Mientras juega no mira á nadie, no parece oír ni el murmullo adulador ni el silencio ansioso de ese instante en que los naipes están escribiendo el sí y el no ante la esperanza y el miedo de jugadores y espectadores; su diestra retira ó pone las fichas con dejadez, cual si apenas las tocase; y cuando alguno tiene un gesto airado, deja escapar una blasfemia fraguada en las entrañas, ó se levanta y sale con la pupila turbia y la boca llena de esas maldiciones que aniquilarían á los *gruñers*, si la divinidad tomase en cuenta los votos coléricos de los hombres; él apenas levanta la vista y sonríe. Todos están á su favor; hay hasta en los empleados de la banca una untuosa deferencia al cobrarle y pagarle; la voluntad que en torno de la mesa se apiña, obra sobre la voluntad del naipero propicio y conjura para que altere su llegada inmutable el que puede decidir la pérdida, el que cautiva su rítmico empuje de violador de destinos.

Se sospecha que, por rico que sea, aquel duelo ha de hacerle mella; se presiente que, por

recia que sea, aquella suma de minutos de ansiedad ha de quebrantar sus nervios. Sólo cuando esta idea se fija en la mente, se observa cuánto hay de distensión en su rigidez, y se quisiera poder contar las palpitaciones de sus arterias en cada uno de esos segundos inmensos en que el destino, en forma de número, está suspenso sobre él. Y al verlo tranquilo, cuidadoso de la gracia viril, el espectador del trágico torneo tal vez envidie un poco menos la terrible gloria de ser protagonista.

No es preciso adentrarse en las derivaciones éticas del juego para percibir lo más puro de su sentido trágico. Nada importa el valor que para este hombre enjuto tengan las sonrientes fichas de nácar; nada á su drama el que lllore en un hogar la mujer y aprendan los hijos el muelle regalo de los días de ganancia, para que les sea luego más dura la miseria. Nada importa que al salir y ponerse en contacto con la realidad, pierda el jugador su galvanismo heroico. Reducido á su limitación individual, á su forma visible de duelo entre la ambición valerosa y la banca segura de sus privilegios, el espectáculo adquiere intensidad de síntesis.

Y la sonrisa del jugador parece responder á quienes mueven la cabeza en ademán reprobador:

«Sé que soy más debil, que á la larga he

de perder; pero... ¿no entramos ya sentenciados á muerte en la vida y, sin embargo, la mayoría de nuestros afanes parecen de seres inmortales?

¿Y el placer de sentirme vivir, de saborear en extracto el dulzor ó la amargura de mi vida y de ver brillar entre los naipes la luz de mi estrella?...

Este dinero, que me vino por los caminos injustos de la herencia ó de la ajena labor, no está sujeto aquí al ritmo jadeante del trabajo físico: es ágil, repentino, abstracto, y porque sólo tiene en potencia los goces burdamente sensuales, apenas si llega á adquirir nunca la potencia bastarda de los tesoros.

¿Acaso creéis que juego por avaricia?

Os equivocáis.

¿Por ambición?

Tampoco.

Ni siquiera por desesperación, como juega el duro insuficiente del famélico, que necesita multiplicarle.

Juego sólo por mí, por un impulso misterioso, en que coexisten á la vez el egoísmo y la renunciación.

Fuera de aquí todo tiene un precio, una limitación; aquí todo es incierto, y mientras la mano sarmentosa alinea las cartas y la voz, á veces contagiada de emoción, va contando, hay una emoción vital hecha de terror y de anhelo que sólo ciertos hombres de inteligencia pura pueden encontrar sin ayuda del vicio en la vida.»

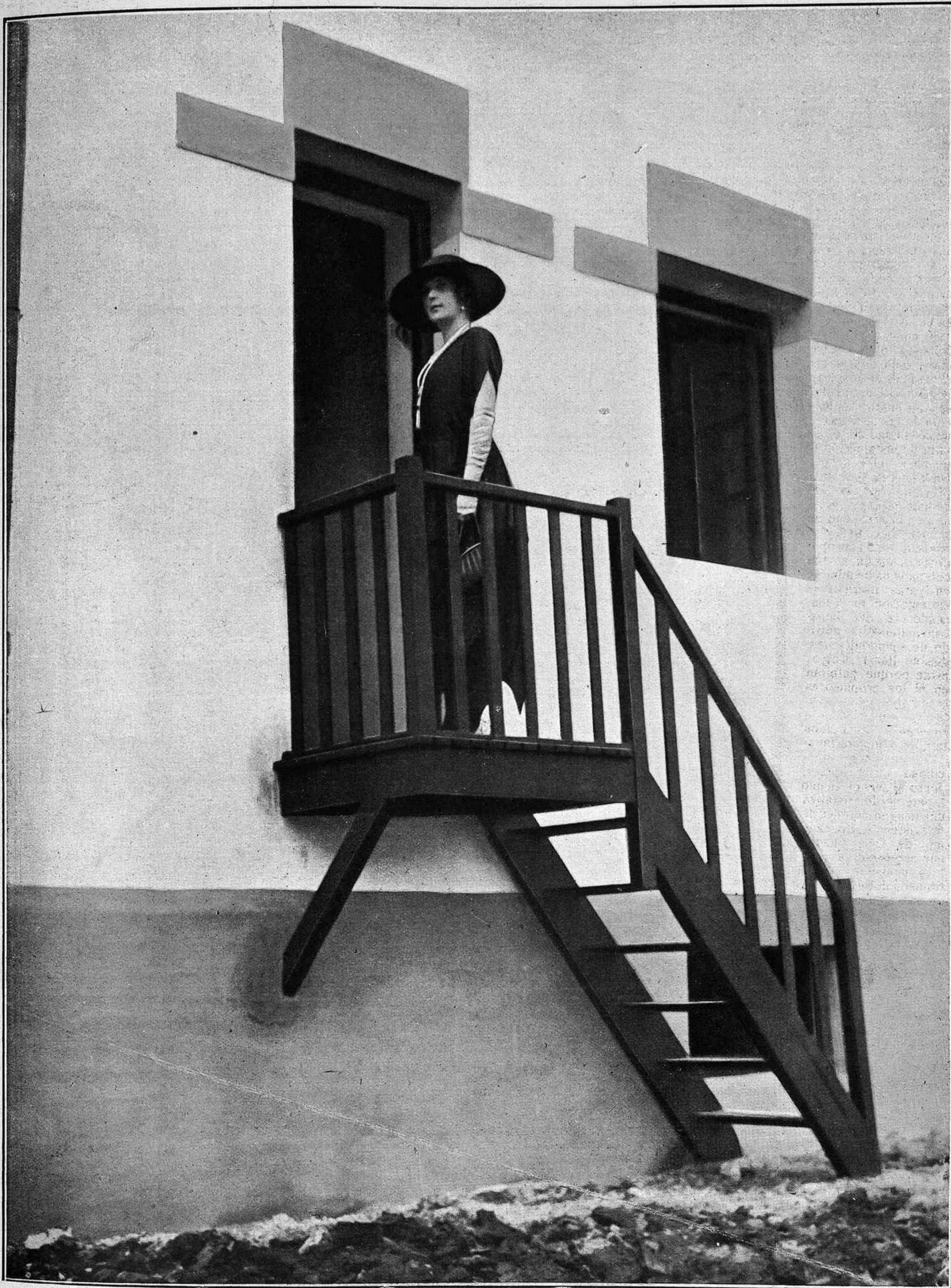
EL MONASTERIO DE EL ESCORIAL



Las torres, el cimborrio y la lucerna del Monasterio, vistos desde la torre de la Farmacia FOT. A. SOROA

A. HERNÁNDEZ CATÁ

LA REINA INAUGURA UN BARRIO OBRERO

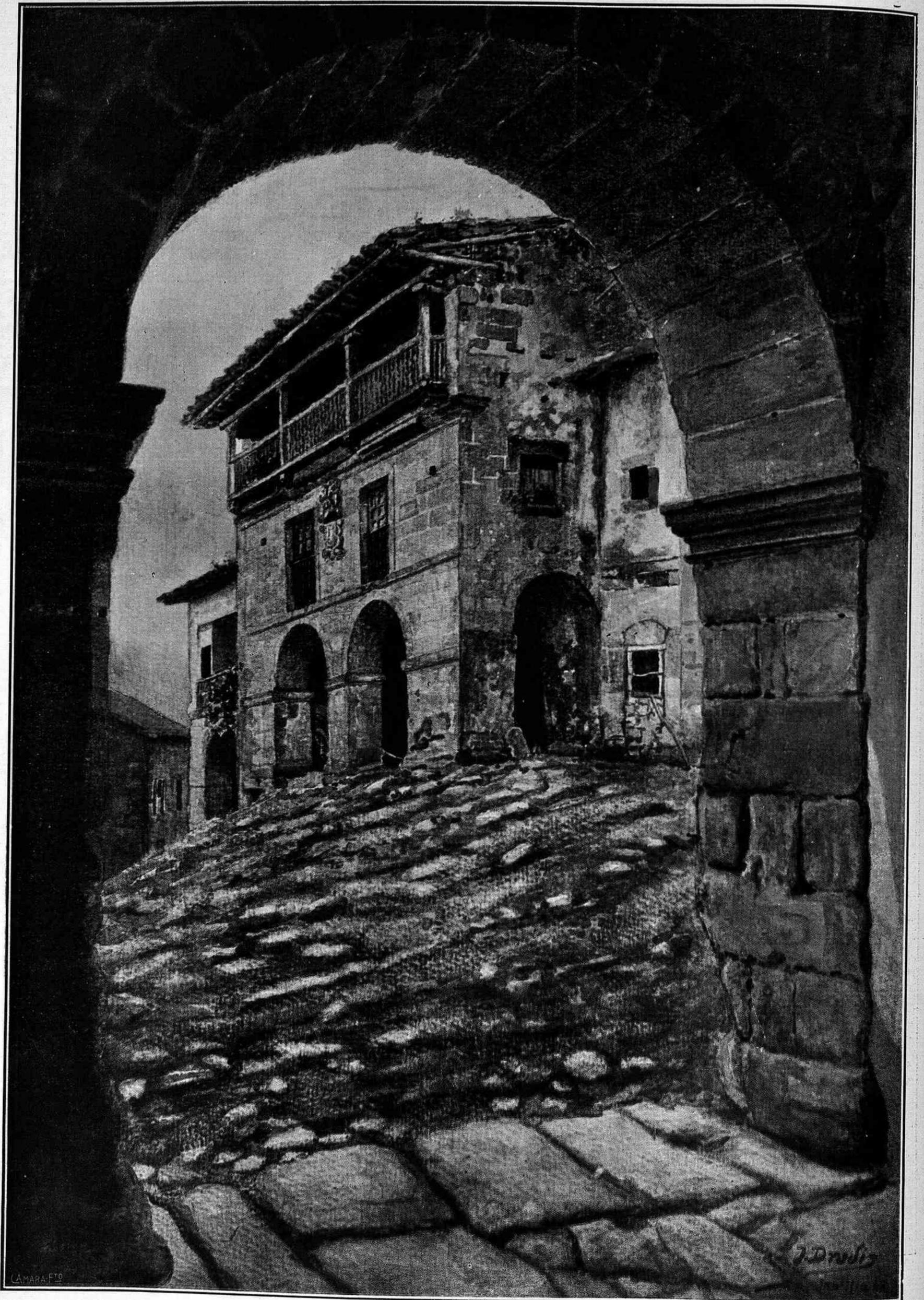


S. M. la Reina Doña Victoria, visitando las casas del nuevo barrio obrero, construido recientemente en San Sebastián. Al acto asistió también el Rey, la Reina Doña María Cristina y el obispo de la diócesis, quien bendijo las nuevas viviendas

FOT. CAMPÚA, H.

ATENE
BIBLIOT
MAD

RINCONES ESPAÑOLES



SANTILLANA DEL MAR, acuarela original de J. Drudis Biada

... CUESTIONES ...
DE ACTUALIDAD

CÓMO SE REGISTRAN LOS TEMBLORES DE TIERRA

El director general del Instituto Geográfico y Estadístico, excelentísimo Sr. D. José de Elola, que tiene á su cargo, entre otros servicios científicos, los relacionados con la Sismología, ha tenido la amabilidad de enviarnos la gráfica obtenida en la estación sismológica de Toledo, del espantoso temblor de tierra ocurrido en Italia el 7 de Septiembre, y una vista del sismógrafo Wiechert de 1.000 kilogramos de masa que la registró.

Juzgamos de alto valor científico, y de palpante actualidad, la publicación de ambos grabados, á los que acompañamos un ligero bosquejo de la labor que realizan las estaciones sismológicas, debido á la pluma del culto jefe de la de Toledo, comandante de Estado Mayor é ingeniero geógrafo D. Vicente Inglada, autor del interesante folleto *El interior de la tierra*, presentado en la Exposición del pasado Congreso de Ingeniería.

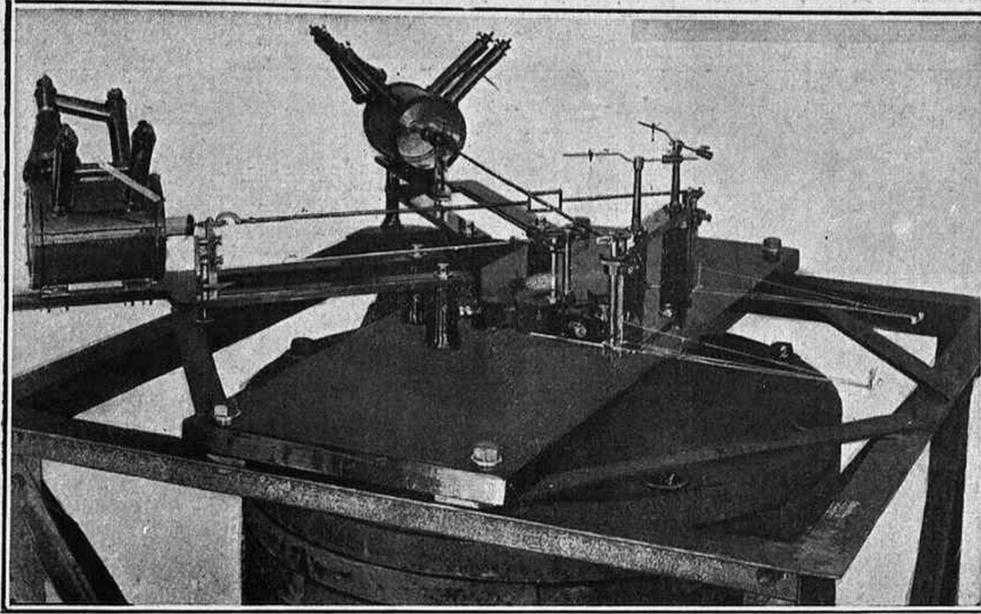
EL 7 de Septiembre, á las seis de la madrugada, un violento terremoto se ha sentido en el Norte de Italia, en la provincia de Toscana, donde ha destruído algunas aldeas (Frijiano, Soliera, etc.), y causado miles de víctimas. A las diez de la mañana de dicho día, deducidas de las gráficas registradas por nuestros sismógrafos la hora del principio del temblor de tierra y su distancia epicentral, se telegrafiaba á los Observatorios de Fabra (Barcelona), Ebro (Tortosa), Alicante, Almería, Cartuja (Granada), Málaga y San Fernando.

Pocas horas después se recibían por telégrafo también los datos análogos enviados por las estaciones sismológicas nacionales. El cultísimo catedrático doctor Fontseré, director de la sección sísmica del Observatorio de Fabra, comunicó haber registrado un sismo muy violento á las cinco horas, cincuenta y siete minutos y veintisiete segundos, y á la distancia de 840 kilómetros; y el sabio Padre Sánchez Navarro, director de la estación sismológica de Cartuja (Granada), nos telegrafiaba haberlo registrado á las cinco horas, cincuenta y ocho minutos y cincuenta segundos, calificándole de «terrible terremoto, casi seguramente con muchas víctimas, con epicentro á 1.500 kilómetros» y localizándolo en Italia.

A los numerosos visitantes de la estación sismológica central de Toledo, instalada por el Instituto Geográfico y Estadístico, extraña en sumo grado cómo de la gráfica registrada durante un temblor de tierra se deduce la distancia á que ha ocurrido, y conocida ésta, si se tienen datos de varios Observatorios, recibidos telegráficamente, se halla inmediatamente el sitio en que tembló la tierra.

En la creencia de que una rápida explicación de lo que parece misterioso procedimiento interesará á nuestros lectores, pasamos á exponer en forma elemental, y prescindiendo de detalles técnicos y complicados, la manera de registrar el terremoto y deducir la distancia epicentral.

Como sismógrafos, se utilizan péndulos verticales, horizontales ó inclinados, cuyos movimientos se transmiten por medio de un sistema amplificador de palancas á una pluma metálica ó de vidrio que los inscribe sobre una banda de papel ahumado que se desliza de un modo continuo, movida por un aparato de relojería. Un reloj de precisión hace marcar sobre la banda



Sismógrafo astático Wiechert, de 1.000 kg. de masa, que ha registrado la gráfica que reproducimos en esta página

nares, cuya propagación es en la misma dirección en que vibran las partículas terrestres; otras transversales, de distorsión, llamadas segundos preliminares, cuya propagación es normal á la dirección de la vibración, y, por último, las superficiales ó lentas, que, á diferencia de las anteriores que van por el interior del globo, se propagan solamente por sus capas superficiales con una velocidad constante de unos tres kilómetros y medio por segundo.

Afortunadamente para el sismólogo, estas tres clases de ondas tienen velocidad distinta, lo cual hace que en el sismograma se distinguan perfectamente. Las primeras en llegar son las longitudinales, de pequeña amplitud y período, que precisan la hora en que ocurrió el sismo; siguen después las transversales, de

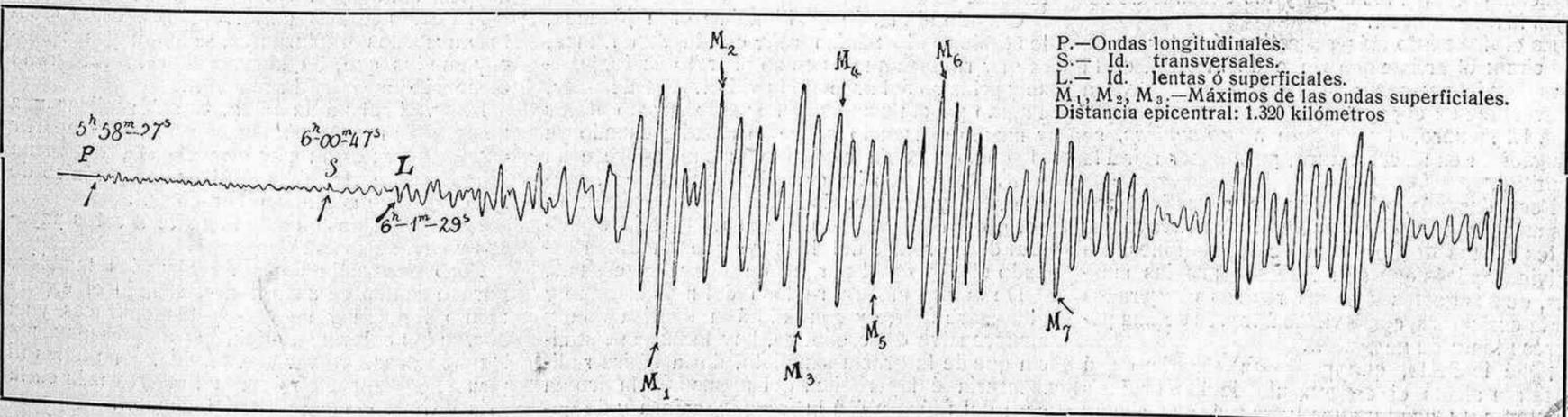
mayor amplitud y período, y, por último, las superficiales ó lentas, de forma sinusoidal muy regular, y que permiten calcular la alteración máxima de las partículas del suelo.

Ahora comprenderá el lector que la distancia epicentral se calcula por el intervalo que media entre la llegada de las distintas ondas; medido ese tiempo sobre la banda, se recurre á unas tablas que dan inmediatamente la distancia epicentral. Si se quiere hallar ésta con la sola inspección de la gráfica, sin utilizar las tablas, basta seguir la regla empírica, que da un valor aproximado de que el intervalo en minutos entre la llegada de las ondas longitudinales y transversales, disminuído en uno, es igual á la distancia epicentral en miles de kilómetros. Si, por ejemplo, los segundos preliminares llegan siete minutos después que los primeros, la distancia en números redondos será de 6.000 kilómetros.

En realidad, en el sismograma se registran también otras clases de ondas que se llaman reflejadas y cambiantes, y las superficiales que llegan al lugar de observación por el camino más largo y aun dando una ó más vueltas alrededor de la tierra; pero no nos ocupamos de ellas para no alargar demasiado este artículo.

A veces el sismólogo entra en el salón de aparatos mecánicos para vigilar su funcionamiento, y observa que los péndulos están registrando un temblor de tierra que ocurre en aquel momento en Italia (como el día 7 de Septiembre), Méjico, el Japón ó en cualquiera otra nación del globo. El instante es de emoción indescriptible; las plumas silenciosas oscilan sobre las bandas, y trazan las curvas que nos dirán el lugar y magnitud de la catástrofe, y mientras la vista sigue afanosa el movimiento de las plumas, el alma se siente transportada por el impulso de compasión irresistible al lugar del terremoto, donde el suelo es presa de horribles convulsiones, los edificios se derrumban sirviendo de pasajera tumba á sus míseros habitantes, y si el mar está próximo, acaso una ola gigantesca avanzará rápidamente bariendo cuanto encuentre en su camino...

Septiembre de 1920.



Gráfica del temblor de tierra ocurrido en Italia el 7 de Septiembre de 1920, registrada por el péndulo astático de Wiechert de la Estación Sismológica de Toledo



LA BENDITA ALEGRÍA



El objetivo fotográfico ha sorprendido un instante estupendo de la vida del circo. Es una hora antes de la función, cuando sobre la pista empiezan a parpadear, encendiéndose los arcos voltaicos, y se escucha en las graderías la irrupción de los primeros espectadores, del público bullicioso é impaciente que llena las localidades baratas...

Los artistas van llegando presurosos, y despojándose rápidos de sus trajes, de sus uniformes de ciudadanos del mundo, urbanizados y semejantes...

Surgen de las arcas forradas de etiquetas ferroviarias, de las maletas que han rodado por todos los caminos del mundo, las pelucas rojas y erizadas, las postizas narices bermejas y monstruosas, los sombrerillos absurdos, los bastones huecos y terribles, los paraguas sin esqueleto, las camisas de detonantes colorines, los chalecos inauditos, los pantalones de pernils inflados como globos, los dijes y las cadenas de relojes inverosímiles...

Es el momento más sugestivo é interesante del circo: el artista que viene de la calle, de la vida inquieta y complicada de la ciudad, va á convertirse en el payaso, al margen de la realidad. El hombre, el petulante *homo sapiens*, se transforma en su caricatura, para hacer reír á la multitud.

Poco después, el público se regocijará con las muecas absurdas, los gestos extravagantes y los rostros desformados de los bufones, sin adivinar quizás que se ríe de sus propias muecas, de sus gestos y de sus rostros exagerados en la caricatura, como vistos á través de una poderosa lente de aumento...

¡Qué inefable, qué poderosa alegría da á nuestras almas el espectáculo de los payasos en el circo! Cuando ellos llegan á una ciudad parecen llenarla toda, rejuvenecerla al conjuro de sus piruetas inverosímiles y sus grotescas ca-

bríolas. «Hay función en el circo»—nos decimos—y parece que el espíritu, un momento libre de las inquietudes cotidianas, da un salto atrás y se remoja y se extremece con una emoción infantil.

Es que con los clowns saltarines, con los «tontos» grotescos, con las contorsiones de los payasos, vuelve á nosotros la alegría pura y simplista de la infancia, la risa fuerte, limpia y confiada que la vida se fué llevando de nuestros labios.

Sólo los bufones del circo saben obrar este milagro de aniñarnos, de volvernos á la primitiva y sana alegría de la primavera del vivir...

¿Por qué nos parece sentirnos más buenos y más optimistas ante las bufonadas de los payasos del circo? Es que el niño que fuimos vuelve á retozar en nuestra alma libre de rencores y de prejuicios y de prevenciones...

Como dijo el poeta, el mundo está ya viejo. Y no sabe reír sin doblez, ni alegrarse sin intención.

Cuando el mundo y el hombre eran jóvenes, los labios sólo sabían reír, con la risa franca, sana y ruidosa que es como el fruto ácido, jugoso y primero del árbol de la vida... Sólo después, cuando ya el tiempo había echado mucho dolor y mucho cansancio sobre el mundo; cuando ya el hombre había meditado mucho, aparece la sonrisa... La sonrisa es ya fría y silenciosa, concentrada y egoísta. Es la mueca del hombre filósofo, del hombre que tiene el triste lujo espiritual de la ironía, del hombre que ha desentrañado el cómo y el porqué de todas las cosas...

De la risa plena y ruidosa del niño ingenuo y el hombre fuerte y confiado á la sonrisa fina y comprensiva del escéptico, hay la misma distancia que de la gracia simplista, de la sátira rudimentaria é hiperbólica del payaso á la ironía sutil del filósofo ó á la frase ingeniosa y de doble sentido del hombre de mundo...

En ellas se acusan los dos vértices de la vida

espiritual del hombre: el alma pueril, ruda y alegre de la Naturaleza en toda su pujanza, y la reflexión cansina, aguda y desengañada de esa misma naturaleza ya pulida y mixtificada por la humana experiencia... ¿Qué vale más?

La risa espontánea y ruidosa que nos arranca la pirueta del payaso, nos hace sentirnos más fuertes, más ágiles, más jóvenes, como liberados de nuestra triste y medibunda condición de hombres. ¡Felices, entonces, los que aún saben reír así! «¡Aprende á reír, superhombre!» dijo el filósofo.

Y á la Humanidad que ya está vieja y cansada, y ha meditado mucho, le hace falta aprender á reír con toda el alma, para tornarse más nueva y más joven, por el milagro de la risa que obra el prodigio del caudal de la fuente de Juvencio...

Son más fuertes los que mejor saben reír. Y más nobles y mejores los que más saben hacernos reír sin doblez, sin maldad, sin reservas...

Así estos clowns pintarrajeados, estos «tontos» absurdos é hilarantes, estos payasos descoyuntados que ha sorprendido la fotografía disponiéndose para la función...

Ellos, al salir á la pista, van á realizar una noble misión transcendental y humana: repartir entre las gentes un poco de alegría, de buena y bendita alegría, de risa bálsamo y tónico de las almas que aún saben ser niñas...

Reverenciamos en este instante á estos payasos y envidiamos su obra.

Pero enseguida compadezcámosles también, porque dentro de unas horas, cuando el espectáculo termine y se quiten los disfraces y se borren los colorines, ellos, los alegres payasos bienhechores, volverán á la vida, sin afeites ni piruetas, á ser unos pobres hombres más en la gris y triste comparsa del mundo...

JULIÁN FERNÁNDEZ PIÑERO

PÁGINAS ARTÍSTICAS



ESCENAS DE LA PLAYA.—REMENDANDO LAS VELAS

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

CAMARA-FOTO

RENO
BISL
MAR

CUENTO ROMÁNTICO

El estudio estaba en la última casa de Madrid, y á él se llegaba después de pasar por delante de las puertas de cuatro pisos. Allí se reunían, amparados en la hospitalidad de Germán, Luis y Contreras, y rara vez el pintor que ocupaba el estudio de al lado, y allí eran las discusiones interminables sobre todo, porque todo se discutía. Luis, que era el que las provocaba, se pasaba la vida hablando en contra siempre de la opinión de los demás; nunca había logrado destacar como escritor; su vida la había gastado en dar satisfacción á sus pasiones, y estaba aviejado; se traslucía sólo su juventud en la confianza, en la seguridad en el triunfo; confianza ciega que le impedía ver su fracaso. Influído por tantos artistas bohemios, buscaba la inspiración en una vida desordenada; y por él fué influído Germán, á quien Luis cantó miles de veces la excelencia de aquel vivir suyo, y no cejó hasta llevarle al cuarto en que habitaba y hacerle gozar de las delicias de una comida preparada por sí propio, y todos los demás placeres que brinda el hacerse todo uno mismo. Hasta que Germán, despertadas en él sus aspiraciones por la escultura, y convencido por Luis de que la inspiración hay que buscarla en una vida azarosa, se sintió bohemio y alquiló su estudio, donde, en vano, trataba de modelar su concepción artística, que huía siempre de sus manos al querer llevarla al barro. Y entonces se enfurecía contra sí mismo, y buscaba un lenitivo para su ira en aquellas discusiones con Luis.

Contreras, más viejo que todos juntos, escritor también, poco esclarecido, callaba siempre y miraba con atención á Luis, y le escuchaba con una sonrisa vaga, de satisfacción; pero la satisfacción de Contreras era la del que, viéndose desdichado, se complace en la desdicha ajena; miraba á Luis de un modo extraño, y en lo íntimo de su pensamiento acariciaba la idea de que fracasaría como él; y tras de cada episodio de la vida de Luis, que era siempre reproducción de otro suyo, esperaba impaciente la misma desilusión y sinsabores con que él había tropezado.

Germán, en pie en medio del estudio, pensativo, en una mañana cálida, recordaba tantos días perdidos allí; pasó ante él, en detalle, toda su vida de aquellos últimos años, vida irregular y disipada, en que derrochó dinero y juventud. ¡Su juventud! Pensó un momento en sí mismo y se encontró sin fuerzas, agotado; su cuerpo, cansado de vivir tanto en poco tiempo, se rebelaba, y era su protesta enérgica é intimidadora una tos persistente y un estado febril que le tenía en un desasosiego continuo. Este era el fruto de aquel género de vida. Comprendió entonces lo engañoso de la vida bohemia; maldijo su credulidad en las palabras de Luis, y se reprochó tanta estupidez. No concebía cómo había podido soportar aquella vida y cómo podía parecer agra-

dable á alguien vivir estrecho, entre cuatro paredes cubiertas de cacharros viejos de barro, estampas polvorientas y falsos tapices descoloridos; y en cualquier dirección que se mirase, una silla desvencijada, un arca vieja y apollillada; y aquí una cortina que jamás conoció un cepillo, ocultando todos los adminículos de cocina, y al lado, detrás de otra cortina, por toda cama, un viejo sofá sin respaldo.

En una ojeada, Germán lo abarcó todo; quiso sonrojarse á su vista y salió del estudio, abominando de todo lo ocurrido en aquellos años, que

que hacían florecer una vegetación espléndida; su ambiente era de soledad; en él se respiraba paz y aislamiento, que era lo que buscaba Germán. Poco á poco se fué reduciendo su vida á los límites de Tabara, y acabó por olvidar; como él buscaba la soledad, que es el primer encanto que brinda el campo, se amoldó á ella fácilmente; en contacto con aquellas gentes, que carecían de vida espiritual y eran ingenuos, como niños grandes, se aniñó su espíritu, y su preocupación favorita hubiera sido atender plantas que hubiese plantado él mismo, ó pasar el tiempo mirando

encantado el volar de los pájaros. Pero en la misma casa habitaba Rosa, primita suya, y la veía á todas horas, y en todo momento oía su voz; también muchas veces, cada vez más á menudo, salían juntos al atardecer, y en estos paseos contrastaba la viveza y locuacidad de Rosa con el silencioso pensar de Germán; ella, familiarizada con el olor que manaba de la tierra y el perfume de las plantaciones que habían almacenado durante la fuerza del sol la vida que ahora devolvían al ambiente, marchaba con andar despreocupado; é insensible á la tranquilidad de las últimas horas de la tarde, jamás moría en sus labios la conversación alegre ó la dulzura de un canto en voz baja. Germán, en cambio, no podía sustraerse á la influencia de la placidez que le rodeaba: de aquella especie de revivir de la Naturaleza, mudo y apacible, y del extraño contraste con todo ello, del desbordamiento de juventud suave de Rosa. ¡Cuántas veces bajo la impresión de extrañas sensaciones, al contemplar unos instantes la figura de Rosa, se creyó lejos del mundo, como si los dos solos estuviesen suspendidos en el vacío!

Luego en casa, de vuelta de estos paseos, sentados uno en frente de otro, charlaban todo lo que no se habían dicho durante el paseo; y Ger-

entonces, incluso con su sangre, hubiera querido borrar de su vida.

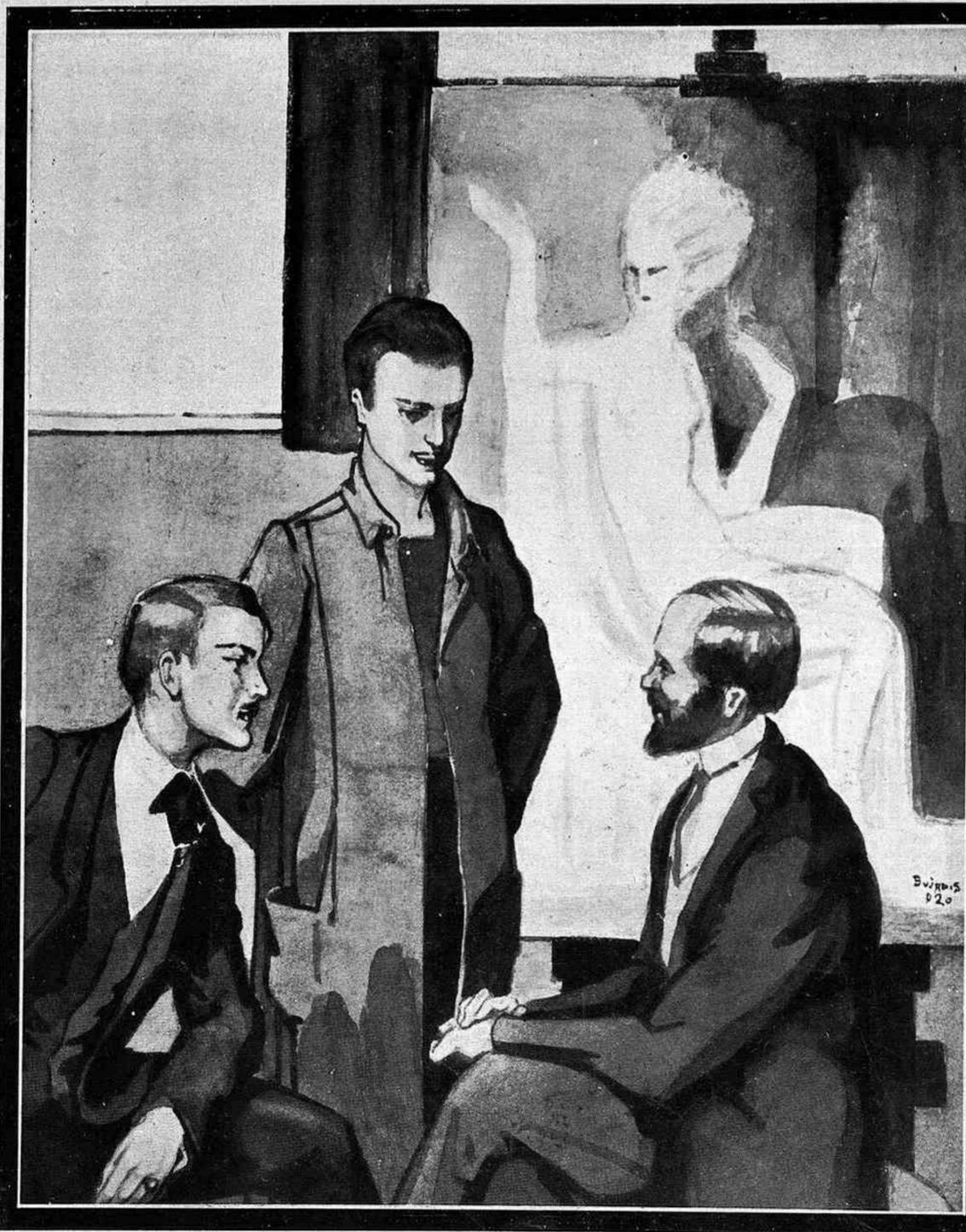
Salió del estudio lentamente, apesadumbrado y pensando cómo apartar de sí la visión de una existencia vergonzosa, en que el más insignificante detalle de entonces se agigantaba ahora, apoderándose de él el fantasma de su pasado reprobable. Y buscó el olvido para su espíritu y el reposo que reclamaba su cuerpo, huyendo de Madrid.

ooo

Tabara es un pueblecito muy pequeño y enclavado entre montañas. De allí era oriunda parte de la familia de Germán, y aún conservaba unos tíos, los cuales le recibieron con los brazos abiertos.

Jamás había experimentado Germán emoción tan profunda como los primeros días que pasó en Tabara; su situación le había impresionado, parecía que estaba en el fondo de un abismo, y, sin embargo, no podía decirse que era triste aquel pueblecito; á él llegaban los rayos del sol,

mán, más animado que entonces, le contaba con vehemencia cosas que él mismo, después de dichas, se asustaba de haberlas contado, porque eran sus verdaderos pensamientos, muchas veces su sentir; todo eso tan íntimo, que sólo se descubre á quien se considera como uno mismo, porque así aún continúa el secreto. Con frecuencia, durante estas conversaciones, Rosa levantaba la cabeza hacia él y le miraba como interrogadora, y él se callaba casi avergonzado, temeroso, y en estos interrogatorios mudos, mientras él ni pensaba, ni oía, ni veía, como si estuviese hueco, ella, soñadora, hacía volar á su pensamiento, impulsada por las palabras cálidas de Germán. Hasta que ella, animada por las confianzas de Germán, le descubrió también sus pensamientos, realizándose entonces, por medio de estas conversaciones, en que cada uno ponía la suya, esa aproximación espiritual de las almas que funde las ideas en un común pensar y más tarde funde los pensamientos en uno nuevo de simpatía..., de amor.



B. J. 1915
920

Fué una tarde, al regresar de una excursión en tartana, en compañía de sus tíos y con Rosa; llovía, como suele llover en los sitios donde llueve muy de tarde en tarde, torrencialmente; las gotas de agua caían con tanta fuerza, que parecía que penetraban en la tierra, y era tal la cantidad de agua que caía, que se le figuraba á uno que tenía delante una cortina transparente. Los árboles, vistos á través de esa cortina, parecían nubes oscuras al ras de la tierra; el suelo estaba completamente inundado, y el caballo, envuelto en el humo de la evaporación que se desprendía de su cuerpo, caminaba torpemente por la resbaladiza carretera...

Rosa y Germán iban callados y pensativos; en cierto modo, la lluvia, tan copiosa, les aislaba del resto del mundo, y este aislamiento les imponía el recogimiento apenas interrumpido, en cuanto á Germán, por algún respingo. Su tío, asomado á la ventanilla, clavaba con insistencia sus pequeños ojos y brillantes en los campos, como si percibiese los beneficios que en ellos producía cada gota de agua que caía, y mientras su mujer, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, medio dormitaba, dejándose ir á un lado y á otro, según el movimiento del coche.

Hubo un momento en que arreció la lluvia, y Germán, apartando la vista del punto en que la había tenido fija hasta entonces, miró á Rosa. Estaba á su lado, reclinada contra uno de los ángulos del pescante, encogida, con la cabeza pegada á los hombros; nunca la había visto tan hermosa, y jamás sintió lo que entonces al contemplarla; Rosa le atraía, tendía á acercarse á ella insensiblemente, aun contra su voluntad, como si se hiciese delante de él el vacío. Su cuerpo llegó á rozar el de Rosa, é instintivamente se separó de ella. Rosa levantó los ojos, y de sus labios escapó:

—No sé si á ti te pasará lo mismo; á mí, cuando llueve tanto, me entra una tristeza..., un no sé qué..., como si me faltase algo, y siento frío...; da ganas de apretarse unos contra otros, ¿verdad?

Germán apenas pudo contestar:

—Lo mismo me sucede á mí; también siento un vacío alrededor que me consume.

En aquel momento, Rosa se le antojó á Germán más bonita que nunca, y le quedó su imagen tan grabada en la memoria, que se le aparecía perenne por encima de la cabeza del caballo, y su vista se recreaba en esa aparición.

Aquella noche se sentaron uno al lado del otro y no hablaban, como otras noches; sin duda, les parecía que se habían dicho demasiado aquella tarde; Rosa, apoyada en el respaldo de la vieja mecedora, con la cabeza caída sobre el pecho y las manos unidas, miraba hacia el suelo; Germán la contemplaba de arriba á abajo, vacilante, sin acabar de elegir donde concentrar su mirada y como queriendo ver más de lo que le permitía la luz mortecina de la lámpara gastada, que apenas podía luchar con la obscuridad. Germán seguía contemplando á Rosa; sintió que de los pies á la cabeza un frío recorrió todo su cuerpo en un estremecimiento, y, como hablando consigo mismo, murmuró:

—Te quiero...

Y Rosa volvió al lado opuesto la cabeza, suspirando:

—Y yo...

No pudieron decirse más. Rosa se despidió de él hasta el día siguiente, sin mirarle; él, después de mirarla subir á su cuarto, salió á la calle. Había cesado de llover y hacía luna; Germán necesitaba aquel paseo nocturno; quería ver el pueblo después de haber alcanzado lo que consideraba su mayor felicidad; se le había antojado que todo le parecería alegre; hasta en la soledad y silencio de la noche quería encontrar algo que no había experimentado jamás, y era que su misma alegría le envolvía á todo él, y la respiraba... Llegó á una plaza desde la que veía la torre de la iglesia, que se elevaba sobre todas las casas como protectora del

pueblo. Germán sufrió un golpe de tos fuerte y continuado, y luego otro; llevó el pañuelo á la boca y quedó teñido de sangre. A prisa volvió á su casa. Una nube obscureció la luna; el reloj de la iglesia dió una campanada, y el eco se extendió sobre todo el pueblo como una amenaza.

Al día siguiente Germán no se levantó; tenía fiebre y estaba muy agitado. Sus tíos avisaron al médico, que estuvo largo rato dentro de la habitación con Germán, y cuando salió dijo que era necesario que volviese á Madrid.

Era necesario, porque Germán lo quería así; la enfermedad que desde hacía algún tiempo temía, y que le venía anunciando la persistencia de aquella tos odiosa, se había apoderado de él; muchas veces la había presentado; pero tenía interés siempre en ser optimista, y se mandó á sí mismo no pensar en ello; ahora esto ya no era posible; el médico, obedeciendo á sus súplicas, que más fueron mandatos, se lo había dicho claramente, y además, ahora había un interés, creado por él mismo y superior al suyo optimista: Rosa. ¡Rosa, su razón de vivir, se presentaba á él cuando la muerte le amenazaba! Ayer alcanzaba la felicidad, el destino se la hizo gustar, y hoy le obligaba á renunciar á ella. ¿Sería un castigo del Cielo? Nunca hubiera creído haber hecho tanto mal; aquellos años de verdadero desenfreno que había olvidado y como prescindido de ellos, al llegar á Tabara, dispuesto á volver á vivir, pero una vida distinta, volvieron á su memoria. Y sí: eran años de locura, de libre rienda suelta á las pasiones, y en el momento mismo de vivirlos comprendía el castigo que fatalmente tenía que venir, y lo esperaba; lo esperó á veces, cuando el menor obstáculo se oponía en el camino de sus pasiones, incluso con deseos de que llegase pronto. Pero aquello había terminado para siempre, hasta en su memoria; ahora empezaba una vida digna, en que, apenas entrado en ella, había saboreado el verdadero placer y contento de vivir que sólo se encuentra en una vida regular; ni renegar de la

vida pasada cabía, porque había ya regenerado, y en su afán de borrar todo lo que con ella se relacionase y ávido de regeneración, por borrarlo todo de su existencia, hasta había borrado eso.

Y era cruel que ahora llegase el castigo: entonces, cuando perdido todo sentido moral se entregaba al vicio, sí; pero ahora no debía venir ese castigo, porque era castigar, cuando se había creído alcanzado el perdón de toda culpa, y era más: era ahogar una nueva vida que nacía y que nacía no sólo para él. No—seguía pensando—; el castigo era grande, porque ya no era el perder á Rosa, obligarle á renunciar á ella, que su cariño jamás hubiera admitido vacilaciones en este punto; era, que se destrozaba el corazón de aquella niña, y mayor que ese no había dolor para él...

Y el romanticismo, un romanticismo distinto de aquél que le había llevado á la depravación, le llevaba ahora de Tabara á un sacrificio en aras de su primero y único amor.

Durante todo el día, no salió Germán de su habitación; allí estuvo con sus pensamientos hasta la noche, en que anunció que se marcharía al día siguiente en el primer tren.

Rosa pasó también todo aquel día sin salir de su cuarto y sin poder llorar, y la noche, en pie.

Tampoco al día siguiente pudo despedir á Germán; sin fuerzas, apenas pudo acercarse á la ventana de su cuarto; desde allí le vió marchar y le siguió con la vista hasta desaparecer, y aun después, no se movió ni retiró de aquel sitio la vista; con él se había ido su alma. Ayoyó en los cristales su frente amarillenta, que parecía de marfil, y todavía se consume cerca de esa ventana esperando la vuelta de Germán.

ooo

Llegó Germán á Madrid casi sin vida, y decidido á buscar un fin próximo á su insistencia, reanudando la que había llevado antes de ir á Tabara, fué á su estudio.

Pero á la vista de aquellas masas de barro, envueltas en paños ya secos, tal como él las había dejado, renació en él la desesperación, y su furor arremetió contra todo lo que había en el estudio, representación del pasado, causante de su desventura. No era posible reanudar aquella vida; por encima de todo estaba el recuerdo de Rosa, y este recuerdo, que fué el que apaciguó su ira, le quitaba fuerza y voluntad y energía para todo, incluso para apartarlo de su pensamiento, porque le desalentaba hasta hacerle caer en un sillón-anhelante.

Desde entonces, una gran melancolía se apoderó de Germán; busca la soledad, apenas sale al atardecer y pasa los minutos en su casa, á solas con sus recuerdos, rodeado de un ambiente de gran tristeza; porque esos recuerdos que le hacen aun querer vivir y le sostienen, sólo viven en la soledad.

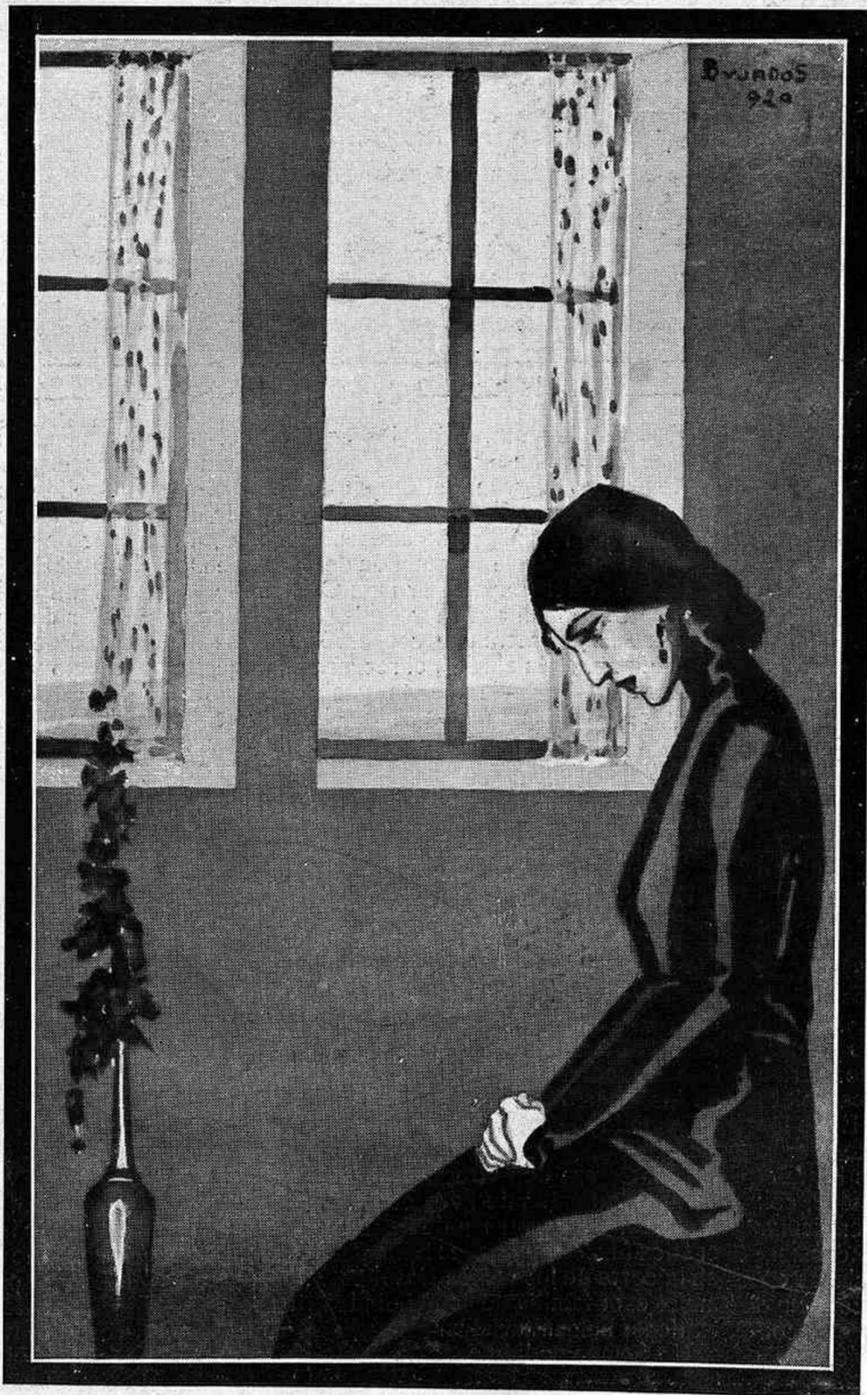
Y su espíritu halla acomodo y se complace en esos días fúnebres sin sol, en que el cielo parece de plomo y pesa sobre el ánimo como si lo fuese realmente. Por eso, únicamente en estos días se le ve paseando lentamente por lugares sombríos, con andar de hombre distraído ó sujeto á una preocupación; su boca, entreabierta en su gesto, y el labio inferior muy caído, y la mirada extraviada de sus ojos apagados, le da aspecto de idiotéz...

ooo

Así transcurrieron los días para él: en lucha con la muerte, abrazado al recuerdo de Rosa. Hasta una mañana, triste como su vida, en que, al amanecer, Germán dejó de ver la luz para siempre.

RAMÓN CIFUENTES

DIBUJO DE BUJADOS





A ciudad, desde hace algunos siglos, saltó por encima de la moruna fortaleza y se ha ido derramando por la falda suave de la colina, por la llanura dilatada y llena de quietudes.

En lo alto va quedando, entre ruinas, el detritus de la urbe que se aleja. El recinto cercado por los viejos muros reposa en el silen-

cio triste de su abandono; ¿quién podrá sospechar las tragedias muertas, las magnificencias olvidadas y hundidas bajo los cardos y las malvas que cubren aquellos montículos, terraplenes y desmontes, como si brotaran del misterio que duerme en su seno? Todavía queda en pie el esqueleto carcomido de uno de aquellos palacios. El de los Figueroas, condes, y luego duques de Feria. Está hundido en sus propios escombros hasta el piso principal. Los vencidos, los rezagados, con una profusión que recuerda el brote vermicular en los cadáveres, han ido erizando los desmantelados muros, los torreones, las espaciosas estancias interiores de tugurios y chamizos, cuyo hacinamiento hace imposible imaginar «las colgaduras de seda matizadas de oro, las camas y

los bufetes de plata, todos los axueros del mayor precio» con que un día de Noviembre de 1543 hizo adornar el duque de Medina-Sidonia este palacio de su pariente el conde don Pedro, para recibir, como aposentador real, á la Infanta Doña María, prometida del Príncipe Don Felipe, hijo del Emperador Don Carlos.

¡Cuánta magnificencia y esplendor! De generación en generación se conservó durante mucho tiempo, en la ciudad, el recuerdo de aquellas opulencias. Todavía treinta y siete años después, cuando con su austera modestia peculiar moró en Badajoz, Rey ya de España y sus Indias, y conquistador de Portugal, el Príncipe prometido de esta Infanta, las magnificencias de su recepción en Badajoz, eran recordadas con ufana complacencia por los viejos que la presenciaron.

Uno de ellos era el anciano preceptor de Gramática don Gregorio Galindo. Vivía este viejecito en una calle cortita y limpia que iba desde las Carnicerías á la catedral; la casa tenía un extenso huerto. Durante muchos años llevó esta calle el nombre del famoso *dómine*; más tarde, cuando el huerto de la casa fué convertido en corral de comedias, la calle se llamó de las Comedias, hasta que en el pasado siglo se substituyó este nombre por el de Donoso Cortés.

¿Quién era don Gregorio Galindo? ¿Pertenece á la familia de la celeberrima doña Beatriz Galindo, la maestra palaciega que hizo aristocrática la moda de saber latín, hasta las mujeres, en la corte de los Reyes Católicos? ¿Sería extremeña esta familia de los Galindos, latinos, gramáticos, humanitaristas?

No hemos podido descifrar este enigma. Sa-

bemos, sin embargo, que don Gregorio Galindo era el preceptor de Gramática que pagaba el Cabildo municipal; era también al que sostenía el Cabildo catedral. Su lápida sepulcral, un poco borrosa ya, se encuentra en la capilla del Sagrario de la vieja catedral de Badajoz. Según ella, don Gregorio tuvo un sobrino que fué capitular de aquella iglesia. Se le menciona en multitud de documentos de aquellos años con gran afecto y veneración.

Nosotros nos lo imaginamos deambulando pausadamente por los viales de aquel ameno huerto de su casa, que era el más bello encanto de su vejez, apoyado en su bastón de muleta bruñido por su mano flaca y temblona, cubierta la calva cabecita por el clásico gorro de seda, un poco puntiagudo, bajo cuyos bordes caían unos mechoncitos blancos. Dos cosas salientes, preferidas, había para el viejecito latinista en aquel huerto de sus complacencias: una, era el tupido y extenso emparrado, que entoldaba, durante el verano, la solana de la casa; otra, la palmera, una palmera que se erguía en el centro del huerto, llenando de júbilo, con su lozanía, el alma sencilla de don Gregorio. Era una palmera hermana de la que plantó, en el mismo día y á la misma hora, en el huerto del convento de Santo Domingo, el insigne fray Luis de Granada. Don Gregorio lo refería á cuantos visitaban el huerto. El, el propio don Gregorio, que había contraído gran amistad con aquella gloria de la Orden dominicana, se había puesto de acuerdo con el eminente orador para hacer la plantación.

Durante todo el año, lo mismo en los días claros del invierno que en las serenas noches de verano, el huerto de don Gregorio era el centro

de tertulias, comentarios y aun intrigas, para todos los antiguos discípulos del anciano dómine, convertidos ya en hombres importantes de la ciudad. Cuando allá, por el año 80 de aquel siglo, acudían á aquel amable cenáculo el poeta Romero de Cepeda, el canónigo Rodrigo Dosma, el capitán Garcilaso, el regidor Gonzalo Sánchez de la Rocha y tantos más, comentando la magnificencia de acontecimientos como la famosa revista del ejército de ocupación en Cantillana, mandado por el duque de Alba, ó la entrada de las tropas triunfadoras con el Rey á la cabeza, ¡con qué aire de ufanía despectiva se desplegaban, en una sonrisa burlona, los hundidos labios del viejecito, compadeciendo á aquellos jóvenes que se admiraban de cosas tan sin punto de comparación con las saboreadas por él en el año 37, cuando vino la Infanta! ¡Aquello, aquello sí que era lujo y riqueza y galanura! ¡Qué podía saber de eso esta pobre juventud venida al mundo cuando los tiempos gloriosos del Emperador habían comenzado á alejarse!

El viejecito entonces levantaba su barbilla saliente, dejando vagar la mirada soñadora por las nubes, como si entre ellas pretendiera columbrar la visión de sus días venturosos, y comenzaba la narración tantas veces repetida:

«La litera del duque de Medina-Sidonia era un pasmo de riqueza. Los frenos y clavazón de las acémilas, de oro. Cuarenta pajes vestidos de terciopelo amarillo y encarnado. Treinta lacayos con librea uniforme muy lucida. Cada paje en un hermoso caballo. Cuatro mayordomos, cuatro maestresalas, cuatro camareros, y así la demás familia de la casa, toda multiplicada. Varios músicos con atabales, trompetas y chirimías, y seis indios (que eran músicos del duque) con sacabuches, preciosamente vestidos, y en los

pechos unas planchas de plata que llevaban grabadas las armas de los Guzmanes. Doscientas acémilas con reposteros de terciopelo azul, bordadas de oro las armas de la casa y las cenefas también oro; llegaba la comitiva de señores y sus familias á tres mil personas» (*). ¡Y la Infanta! ¡Aquella divinidad de Infanta, con todo aquel cortejo de damas, caballeros, pajes, escuderos y serviarios que traía de su reino!

«El anciano proseguía así largo rato enumerando, como un sonámbulo, pormenores é incidentes que no acababan nunca; ¡cómo había de pensar él que tal portento de gentileza, de boato y fausto pudiera olvidarse nunca!

Y, sin embargo, de todo ello, ¿qué quedaba ya en el año 80, como no fuera esta dulce remembranza de don Gregorio y de sus contemporáneos? Y si quiera entonces quedaba aún eso; pero hoy, ¿qué queda hoy en pie de todo aquello?

Cabalmente perdura lo que pasó enteramente desapercibido en aquellos días. Nombres que nadie mencionó; figuras que allí asistieron y de las que nadie se dió cuenta.

Acompañando á la Infanta, y entre la muchedumbre de sus serviarios, venían dos arrogantes mancebos, uno portugués y otro español, que la superaban muy poco en edad. Uno se llamaba Jorge, el otro Francisco. Aquél tenía veintitrés años, éste diez y nueve. La posteridad, que ha olvidado todo aquel aparato tan vivamente impreso en la memoria del bueno de don Gregorio Galindo, ¿cuándo olvidará los nombres de Jorge de Montemayor ni de Francisco Sánchez, *el Brocense*?

Pues en el palacio de los Figueroas, entre la baránda de pajes y familiares, se encontraba

(*) Vid. P. Enrique Flores. *Reinos Católicos*, tomo II. Documentos inéditos para la Historia de España.

un clérigo aldeano, hombre maduro y jocundo, de cara inteligente y un poco socarrona, que departía y comentaba regocijadamente, durante todo el ceremonial, con un paje lampiño y rubio, cuya boca se fruncía á menudo, conteniendo la risa á cada dicho agudo del clérigo mordaz.

También los nombres de estos personajes han sobrevivido á la desaparición de aquella hojarasca brillante. El uno era el fecundo Diego Sánchez, de Badajoz, gran amigo y favorecido del conde don Pedro; el otro, el delicado poeta Gregorio Silvestre, paje predilecto, entonces, de la familia condal.

Y fuera del palacio, confundido entre las multitudes callejeras, absorto en la contemplación de tanta maravilla, había un hombre de poco más de treinta años, cuyo nombre también ha sobrevivido á la desaparición de aquel estruendo. Se llamaba Luis Morales, y poco más tarde las gentes le apellidaban ya *el Divino*.

¿Quién pensaba entonces en estos hombres perdidos en aquel océano de luz y de poder? Pero ha venido la rueda del tiempo; convirtió en polvo, en humo, en nada todo aquello, y bruñó el oro de estos nombres...

¡Jorge Montemayor, Gregorio Silvestre, Luis Morales, Francisco y Diego Sánchez, humildes pajes, hombres oscuros entonces, eminencias gloriosas de hoy y para siempre, vuestra venganza ha sido tardía, pero colmada! ¿Quién conoce ya los nombres de aquellos grandes que os ahogaban bajo su estrépito brillante? Y hoy, ¿quién sube á la más modesta cima de la Historia sin otear pura, serena, inmutable, la luz gloriosa de vuestra fama?

J. LÓPEZ PRUDENCIO

Badajoz, 1920.



TEA...
BIBLIOTECA
MADRID



BAJO OTROS CIELOS
HONOLULU, LA ENCANTADA



Sendero de palmas en Honolulu

E voco aquella mañana de sol, cuando Kamehameha titánico—un viviente tronco de caoba—, el músculo hecho hombre, la fuerza hecha acción, envuelto en su manto de plumas ocre, el gran manto real que

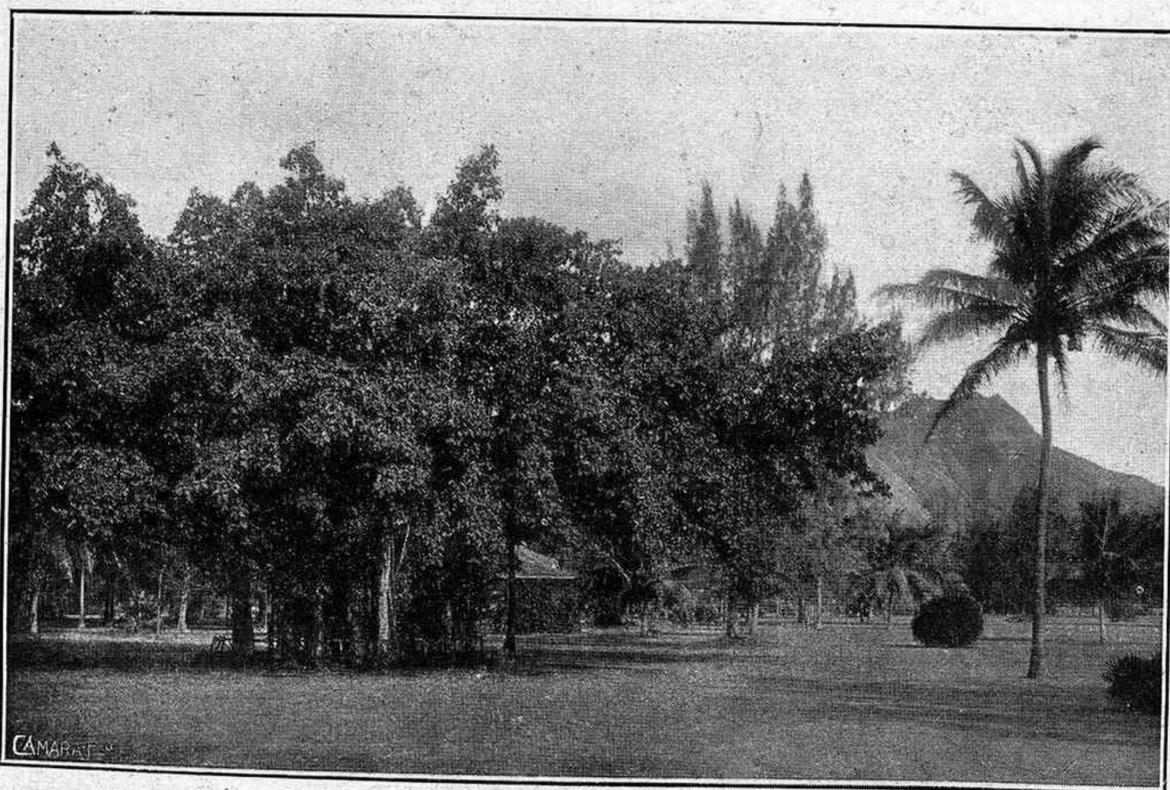
tejieron doscientas obesas princesas, bajaba del monte Pali, triste en la victoria, con el brazo hinchado por el continuo golpear, la lanza hecha con el colmillo del tiburón, dasdeando como una antorcha, mientras el aire del monte se entumecía al beso blanco de una nube enorme, y los guerreros *maori*, con sus academias de bronce sudadas, alzaban el ronco grito que había resonado en Hawaii, en la madre isla de Kauai, y había fundido su eco en las llamas del soberbio Kilanea.

Kamehameha fué el César de la Polinesia; su brazo, que rompía la palma, bendijo con el signo de la conquista todas las islas verdes que el Pacífico baña, y su voz dulce sonó patriarcal en un sincero ¡*Aloha!*

Y este *Aloha*, esta saudade, aún flota sobre la riente blanca villa de Honolulu, que la civilización norteamericana aún no ha destruido; pues tal aparece la calzada y la línea férrea, cual se esconde la poesía y la leyenda.

Cerca del estandarte hawaiano flota hoy temible la formidable constelación septentrional, y á pesar de que el *Diamond Head* y el *Punchbowl*, mudos y áridos, duermen la muerte de sus destrucciones, ¡quién sabe si algún día rugirán de ira; quién sabe si las almas de los guerreros de cobre, de los guerreros de caoba, se alzarán como vengadores avatares para terminar con la blanca invasión extranjera! ¿Acaso un volcán no se despierta cuando la patria necesita ayuda?

Ya la raza *maori*, la raza de Turi y de Venga, vacila y se debilita; esa raza tan vieja como la tribu de Canaán, se diluye y decolora; la sangre mongólica destruye la órbita sensual del ojo; el recio cabello profundamente negro denota el



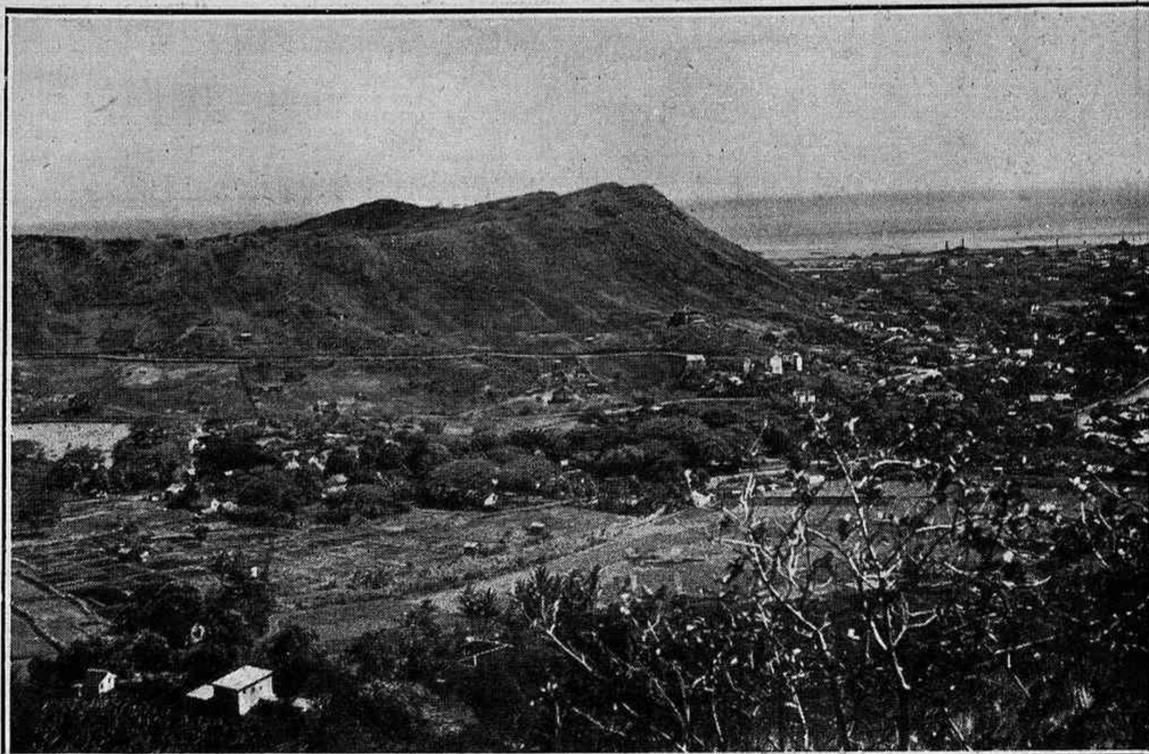
Macizo de bambúes

tinte áureo de la sangre circasiana, y el labio grueso y rojo se reduce y denuncia la marca forastera; ni el tatuaje azul filigrana la boca de las mujeres, ni el casco de plumas rojas y amarillas se yergue sobre la cabeza del varón fuerte; el músculo se esconde bajo la burda ropa americana, y sólo se expone desnudo y maravilloso en el viejo deporte de Hawaii, de saltar sobre las olas, caballeros en ancha plancha de duro leño, derechos como estatuas, invictos como reyes del Archipiélago.

Honolulu, perla virgen, baña sus plantas en el indigo de un mar amoroso, un mar que trata de romper la barrera de coral para violar la isla, y se estrecha sumido como una cinta hasta los pies del rugoso y muerto volcán *Diamond Head*, el solitario espía del espacio.

Honolulu es el jardín; la flora indómita invadiendo todo; el triunfo del verde sobre la calva piedra; el tronco hinchándose y alargando sus monstruosos brazos como enorme quitasol policromo; toda una explosión de flores rompe los brotes, y sobre todas las casas, sobre todos los montes, en todos los parques, en las huertas y en los olmos, centellean como luminarias las pasionarias hawaianas, y esplende como un manto arzobispal la púrpura flor de la ponciana real. Las azaleas y los iris alfombran las avenidas y los jardines de un mullido tapiz azul y ocre; entre los macizos de bambúes y los bosques de limoneros, se elevan como súplicas, erectas, las jóvenes; corcovadas las más ancianas; la fina, la lánguida, la aristocrática palma.

A veces se abre ante mis ojos un pedazo de cantón con sus arrozales irrigados, donde millares de patos se gondolean, y el chino, doblado y semidesnudo, escarba el fondo de la laguna, mientras las montañas grises fingen una decoración oriental; otras veces, ante un jardín disminu-



El extinto volcán "Diamond Head"

to y murmurador, surge una *moussmé* de porcelana: el *kimono* a grandes manchas de colores denota la casta de *geisha*; el *ibo*, como una gran ala de oro, cubre la espalda y sus ojillos, que el *khol* embadurna, y su boquita, sangrando como una fresa, sonríe, sonríe, en tanto del interior

el *shamys* desafina y desgrana una armonía rara, descoyuntada, grotesca.

Después caemos en plena Yankilandia con sus farmacias, donde el *ice-cream soda* y el *coca-cola* tiñe é incita al sediento. Entre la espuma de la vainilla abre su boca sensual la americana venusina y la risa perla, y tintinea como una cromática de promesas ó un *grupetto* de amor. Parvadas de excursionistas invaden los regios albergos; el *Alexander Young* comercial y calavera, con su *roof garden*, donde se desgranaban flirteos y estallan besos en las sombras de los cenadores, y el tropical *Moana*, blanco y verde, con sus terrazas sobre el Océano, su muelle interminable por donde la blonda amada, en la primera luna de amor, apoya su cabeza de oro en el ancho hombro del galán de California.

El colmillo de un volcán muerto se afila sobre las olas, pelado como un camello, tatuado como un viejo *maori*, y si de lejos aparece como un triste olvido, como una ilusión pasada, todas aquellas bocas negras, si de cerca se observan, son los cañones ocultos con que el hombre de América escudriña el horizonte, tras del cual deben asomar algún día millones de japoneses.

ooo

En la noche de zafiro y ópalo, tras los cactus que perfuman acremente, mi amigo Ngatoro—rama un poco pervertida del terrible y grandioso Ngatoro-i-rangi—cantaba las melodías melancólicas de los *maories*, sencillas narraciones de una doncella coronada de flores amarillas y de flores azules, que al brindar sus labios y sus senos fué maldita por un *tohunga* y se convirtió en piedra, y desde entonces los zagales de bronce van al monolito y besan la fría piedra con sus labios ardientes.

Ngatoro tiene una voz de tenor que llora y ríe, y las palabras indígenas, repletas de vocales, cobran un color voluptuoso—un matiz rosa, sala de flamenco—, cuando sobre un *si bemol* estalla el beso que ha de animar á la doncella hechizada.

ooo

Mis amigos me cubrieron de guirnaldas de papel y de flores; sobre mi uniforme blanco, los cordones albos de azucenas, de magnolias, istriaban como órdenes orientales; todas aquellas caras bronceadas sonreían como ídolos, y mi buque, proa al Sur, lanzaba su adiós á aquella isla de Oahu, una perla que Maui, el dios que pescó á la Nueva Zelanda, y de cuyas lágrimas nacieron las Hébridas y las Salomón, arrancó del fondo del Pacífico.

Poco á poco los colores se diluyeron en el malva de las distancias; imperó el gris al azul, sucedió el cobalto; y ya lejos, en el fondo del firmamento, guiñó sus pupilas la Cruz del Sur, y yo soñaba con las lejanas Fiji, con Samoa, con Tahiti, con Rotoronga, como si fuesen otras tantas amadas que me esperasen...

FRANÇOIS G. DE CISNEROS

Honolulu (Islas Hawaii).



Danzarinas de Hula-Hula

ATELIER
BILLOTIN
MADRI



Vista de conjunto de la casa vasca "Kaioavia"



Fachada lateral sobre la playa de Arrigunaga



Fachada posterior y lateral y ábside de la capilla

Resurge la arquitectura vasca con personalidad, con estilo, con espíritu propios, como ha resurgido la arquitectura andaluza en las manos de los prodigiosos alarifes hispalenses. En toda España adviértese idéntica evocación de los caracteres tradicionales de cada región; de la gracia peculiar de cada terreno. Díjese que en el nuevo Renacimiento español van los arquitectos caminando en las avanzadas. Acaso ellos advirtieron, antes que los cultivadores de otras artes y otras labores intelectuales, cómo el siglo XIX, en su afán de europeizarse y hacer ganar a España el tiempo que había perdido en las turbulencias pasadas, había destruido, borrado y ahuyentado todo lo genuino y característico, donde los abuelos habían creído perpetuar el genio de la raza, y donde las mudanzas de la Historia habían ido dejando su huella. Las guerras de independencia y civiles; la embriaguez democrática y el crecimiento de la general incultura; la codicia extranjera, que daba su oro por nuestras cosas vetustas, y otras causas, hicieron de España un erial; los castillos de la Edad Media se trocaron en ruinas; de la obra árabe apenas quedaron los fragmentos de Granada, Córdoba y Sevilla, y sólo al amparo de la fe se salvaron algunos tesoros en conventos y catedrales. Sobre aquel desdén de la bella obra española, el siglo XVIII puso su sequedad, que quería ser clásica y académica, y el XIX su horrenda manía de imitar, copiar y traducir todos los livianos modernismos.

He aquí que el Renacimiento español ha comenzado. Nuestra generación ha sabido romper el sortilegio que embrujaba a los artistas españoles, y ha visto que bajo el cielo español, con la luz de nuestro sol y el temple de nuestra gente, nada puede ser más bello que aquello mismo que hacían nuestros abuelos, en una depuración acabadísima del pensamiento propio, del espíritu étnico, a través de las generaciones que habían laborado una civilización genuina y que la habían extendido por el mundo entero.

Ejemplo encantador de ello es la obra graciosa, inspirada como una antología de rimas castizas, que ha realizado un arquitecto vasco, Pedro Guimón. Pensionado por la Diputación de Vizcaya, después de salir de la Escuela de Arquitectura, había recorrido medio mundo, contemplando los viejos monumentos y los modernos armatostes, que secos como los rascacielos yanquis ó llenos de figurones, agujas, caireles y ringorángos, hacen desatinadamente, en búsqueda de originalidades y novosserías, los arquitectos que enloquecen por esas tierras de Dios. Volvió cansado y fatigado. Buscando reposo se refugió en Ondárroa, su villa materna, y advirtió que allí le aguardaba, como la nota dormida en las cuerdas del arpa de Bécquer, la verdadera belleza, la que habían de amar y admirar sus hermanos, sencilla como un cantar de Trueba, augusta como una montaña de las cercanías, clara y luminosa, fuerte y viril, y amiga nuestra, saciadora de nuestra necesidad, acomodada dócilmente a nuestras costumbres, tal como si las piedras que forman cada hogar fuesen carne de nuestra carne, ideas de nuestro cerebro y pasiones de nuestro corazón.

Ya orientado Pedro Guimón, recorrió todos los rincones de Vizcaya: las villas indómitas de la orilla cántabrica; los caseríos col-

gados, como nidos de águilas, en los picachos de las montañas; las ruinas señoriales y las ermitas de traza románica ó bizantina. Y con su álbum de apuntes, donde el genio vasco resucitaba, Pedro Guimón soñó en este renacimiento de una arquitectura regional, que viene a continuar y completar la que ya existe en Andalucía y en Cataluña. Así quiso hacer su propio hogar.

Sobre un peñasal de Algorta, en la orilla del mar, planteó su *Kaioavia*, su «Nido de gaviotas», traduciendo del vascuence. Sin duda en aquel lugar, en aquella avanzada, debió de haber hace siglos un castillo almenado, en cuya terraza los centinelas vigilaban la extensión del mar; pero la verdad es que sabe Dios en qué gloriosas contiendas de vascos con normandos ó ibernesos, ó en qué vulgar derribo, no había quedado del tal castillo piedra sobre piedra. No se arredró Guimón por ello.

Comenzó por hacer unas ruinas restauradas. Ciertamente que esto es una simulación; pero el arquitecto, que en esta parte de su obra ha llegado a tocar las lindes de la autenticidad, no tiene la culpa de que bestiales invasores ó bestiales indígenas destruyeran antaño los bellos castillos que necesitamos hoy.

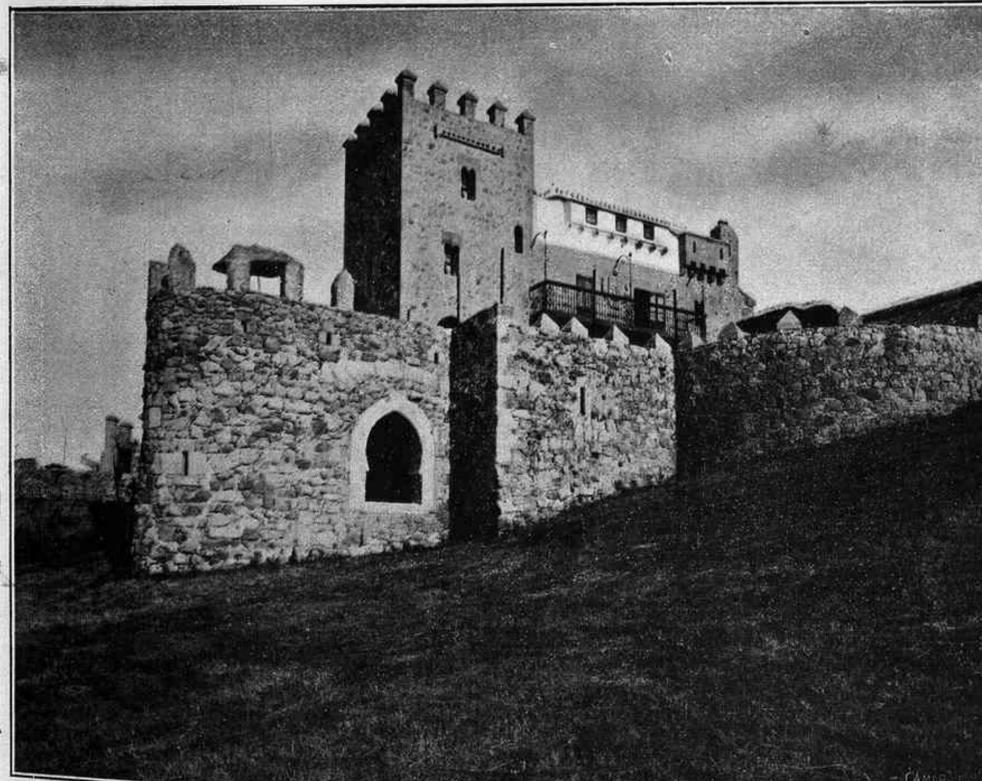
Junto a la tosca y bravía fortaleza, engarzada en sus mismos muros y recostándose en ellos, ha construido el arquitecto la casa señorial vasca. Si ahora regresase Juan Sebastián Elcano, desde las islas de la Sonda, la reconocería al cabo de cuatro siglos. Recia de muros, para defenderse de la humedad; bien abrigada de tejados; amplia en pórticos, galerías y ventanales para dar entrada a la salud del aire y a la alegría de la luz; rodeada de árboles, festoneada de enredaderas, tiene la severidad y la gravedad y el espíritu práctico conjuntamente con el gracejo retozón y burlesco del pueblo vasco.

Claro es que Guimón ha hecho de su «Nido de gaviotas» una morada de artista, donde cuadros y esculturas, muebles y herrajes, tapices y azulejería y cerámica hermanan con el carácter del edificio; pero aunque así no fuese; aunque no se hubiese llegado a tales refinamientos, como el de colocar sobre el altar de la austera capilla, cuyos muros parecen del siglo XII, una imagen de la Virgen, tallada por el tosco cincel bizantino, como las que había en las viejas ermitas, bastaría la traza del edificio y su infinita gracia exterior para que a su lado parecieran desgarrados y feos los palacetes y hoteles con que los ricos vizcaínos se han instalado en las playas y florestas vascas, como si lo hubiesen estado en Arcachón, en Ostende ó en Vlissingen.

Precisamente en esta edad nuestra, en que la avalancha internacionalista quiere engendrar un munoo nuevo, los artistas deben afirmar con sus obras la personalidad de cada pueblo, que es algo inmaterial más recio que las veleidades humanas. Que los políticos concierten nuevos regímenes y nuevas economías; que no haya castas ni fronteras; pero cada artista que nos ofrezca la emoción de su arte personal, y que cada estirpe humana se nos muestre con la originalidad de su propio pensamiento.



Fachada principal que mira al mar



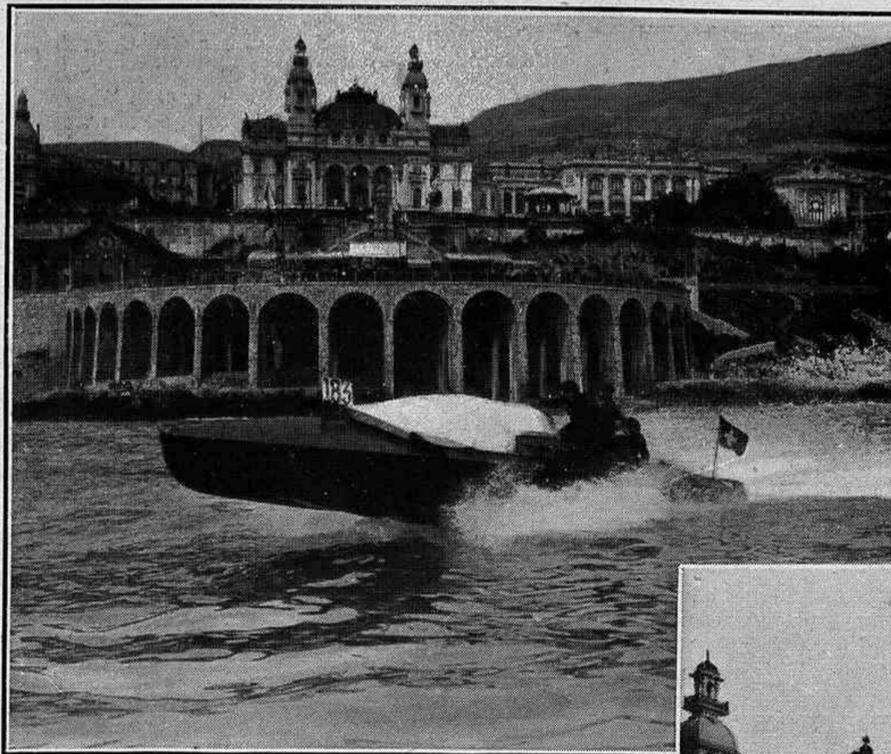
Detalle de las murallas y el torreón

FOT. LUX.—BILBAO

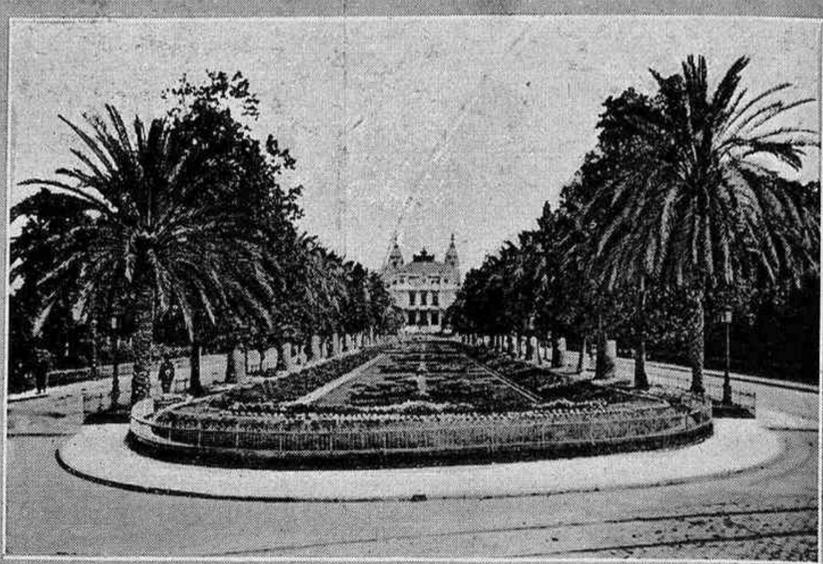
AMADEO DE CASTRO

REVISTA DE BILBAO

NOTAS DE UN CURIOSO
MONTE-CARLO Y EL CASINO



El Casino, visto desde el mar



Aquí, ¡hasta la tierra la han traído de otra parte! — me dice un monegasco, con expresión en la que se adivina una puntita de orgullosa satisfacción. En efecto; casi todo lo que se ve es obra del hombre, puesto que el encanto de Monte-Carlo —lo repito— reside más bien en el lujo de sus grandes hoteles y en el arte de sus maravillosos jardines, que en las bellezas que le ha prodigado la Naturaleza.

Desde el amplio *perron* de mármol del Casino, el golpe de vista es verdaderamente magnífico; en primer término, una plaza circular con un «parterre» de verdura, sobre el cual destacan varias palmeras exóticas y frondosos árboles de propicia sombra; detrás, extendiéndose hasta el boulevard des Moulins, el más hermoso vergel que se pueda soñar...

Dos avenidas laterales, también plantadas de gráciles palmeras, traídas de África, de América, de Oceanía y de Asia, blancas y limpias hasta no poder más, rampan a lo largo de este encantado jardín hacia la altura de Beausoleil, sirviendo de punto a innumerables automóviles particulares, muchos de los cuales tienen adherido a sus *carrosseries* el polvo de los diversos países del Continente.

A la izquierda está el suntuoso «palace» del Hotel de París, al que es preciso considerar como una verdadera institución del Principado, porque su historia va estrechamente ligada a la de la asombrosa prosperidad de Monte-Carlo; a la derecha, el Café de París, con su famosa *terrasse*, invadiendo libremente los enarenados senderos que vienen de todas direcciones a morir en la plaza del Casino, como van los ríos a derramar el caudal de sus aguas en el seno del vasto Océano.

En seguida, después del Hotel de París, una calle de por medio, se alza el Palacio de Bellas Artes, que es, a un mismo tiempo, sala de exposiciones, pinacoteca y teatro. Detrás del Café de París, llenando con una inmensa nota verde todo el terreno llano entre el mar y la montaña, se extienden, ya casi sin solución de continuidad, la serie de bellos jardines, de entre los cuales asoman, aquí y allá, los hoteles de primera categoría como el Carlton y el Metropole. Arriba, un cielo azul cobalto, sin una nube, cruzado por el raudó vuelo de los hidroaviones. Abajo, la multitud de invernales, animando con un continuo ajeteo las perspectivas del paisaje, mientras las orquestas de los *danzings* ejecutan alegres piezas de bailes, no pocos *schotis* de castiza cepa madrileña, o el apasionado *Relicario* que consagra en el extranjero la fama artística de la española Raquel Meller...



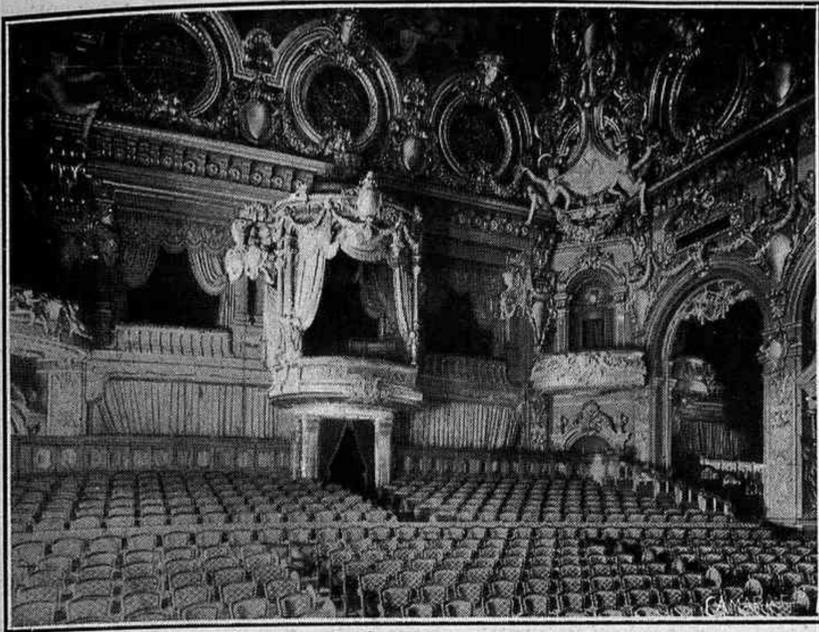
El «perron» del Casino y los jardines

una escalinata y nos hallamos en una pequeña plaza en que se alza el busto de Berlioz emergiendo de un macizo de flores. Frente está el teatro, obra de Charles Garnier, insigne arquitecto de la Opera de París. Otra escalera, y llegamos a la primera terraza del Casino, de las tres superpuestas que dominan el Mediterráneo. Hay un quiosco para la música, y flores, muchas flores, rodeando los cómodos bancos, para máximo halago de los sentidos. A la derecha se ve la Condamine, el pequeño puerto de Mónaco —«Portus Herculis Monoeci», como se llamaba hasta los primeros siglos del Cristianismo—, cuya entrada presiden dos pequeños faros, uno rojo y otro verde. Este pequeño puerto apenas es capaz para abrigo media docena de blancos yates y unos cuantos hidroaviones. Limitándole, está el *rocher* de Mónaco, que semeja la proa de una nao antigua, y el Palacio, vieja fortaleza gúelfa, que fué destruída durante la revolución francesa y reconstruída totalmente por el actual Soberano. Descendemos a la segunda terraza, semejante a la primera, y sin más particularidad que las enormes pizarras en que se anotan los *performances* deportivos los días de *meetings* de aviación, de canoas automóviles ó de regatas de balandros. Al final de esta terraza están las célebres «Thermes Valentin», establecimiento modelo de hidroterapia y de helioterapia, en el que se pueden gustar las aguas minerales de toda Europa, a sus respectivas temperaturas naturales. Por un puente suspendido sobre las vías del tren, se pasa al terreno del Tiro de Pichón, de forma semi-circular, y que constituye la tercera terraza del Casino. Naturalmente, este Tiro da directamente al mar.

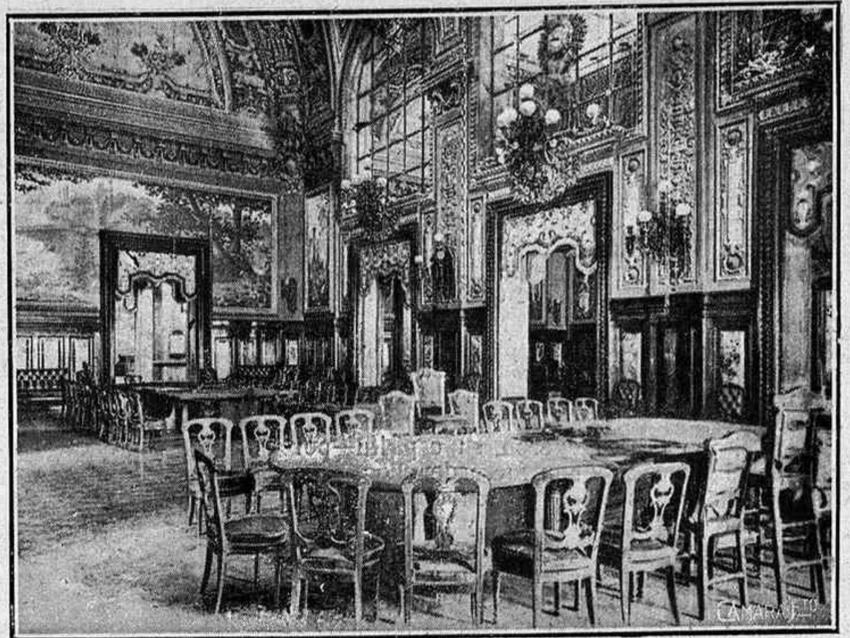
Os he descrito Monte-Carlo, lectores, por lo menos en sus dos aspectos externos más caracterizados. Ahora nos toca verlo por dentro.

Para salir al mar hay que dar la vuelta al edificio del Casino. Bajamos

El *perron* del Casino, rematado por una ancha *verandah*, termina bajo



El teatro, maravilla de lujo y decoración



La sala del treinta y cuarenta

un peristilo que abriga, á la izquierda, la oficina de la alta Comisaría donde se obtienen las tarjetas que dan libre paso hasta los salones de juego; á la derecha, la guardarropía. Después de este peristilo, se entra á un vestibulo ornado de grandes pilastras de mármol. Dos escaleras á diestra y á siniestra: la primera conduce á la administración de la «Société des Bains de Mer», la segunda á los salones de lectura y escritura. En seguida se encuentra la célebre sala de *Pas perdus*—sala de los pasos perdidos ó de los suspiros, como podría denominársela cabalmente—. Es una especie de vasto atrio en el que reina constante animación. En el fondo, recludo á último término, hay un *buffet*. Al lado, las puertas que dan acceso al teatro y á la nueva sala de música. En el extremo opuesto al *buffet* se encuentran tres puertas guardadas por una docena de individuos, algunos de levita negra y otros de librea. Estas tres puertas son las puertas del infierno, de un infierno que no tiene nada de quimérico, que es real y auténtico. Sobre esas puertas si que debían esculpirse los versos famosos del Dante:

«Lasciate ogni speranza
o voi che entrate...!»

Y, sin embargo, todos los que entran llevan en los labios la sonrisa de los triunfadores de estirpe cesárea. Todos creen que van á llegar, jugar y vencer... Y es que la esperanza es la virtud y, en este caso, el vicio más arraigado de la humana condición.

ooo

Presento mi carta de entrada, y paso. Los cancheros me saludan con la misma sonrisa servil y los mismos gestos con que los *garçons* del Café de París me hicieron comprender hace un momento que les debía la propina, no obstante la pésima calidad del te que me sirvieron, las cucharillas de estaño puro y el solitario terrón de azúcar...

Me encuentro en una sala de vastas dimensiones, en la que el oro se ha

prodigado á manos llenas. La decoran artísticos *panneaux* firmados por Georges Picard, Ribera, Lucas y Steck. Una inmensa multitud rodea ávidamente las mesas de ruleta y de treinta y cuarenta, sobre las que danzan los billetes de mil francos mezclados con fichas de todos colores... Mis oídos perciben palabras pronunciadas en todas las lenguas del universo...

Sigo avanzando y cuento cuatro salas más, enormes como catedrales, alumbradas por arañas colosales, y en las que hay tal cantidad de lujo amontonado, que espanta. ¡Pensar que toda esta magnificencia ha sido pagada con la ruina y la desesperación de quién sabe cuántos desgraciados!

De pronto me encuentro con una puerta cerrada á mi paso. Pregunto. Es la entrada á las *salles privées*. Para franquearla, hay que pagar cincuenta francos. Me resigno y entro.

Entro, y me paro pasmado de admiración. Todo lo que he visto antes no es nada comparado con lo que veo ahora. Estoy en la bella sala Imperio inaugurada en 1911.

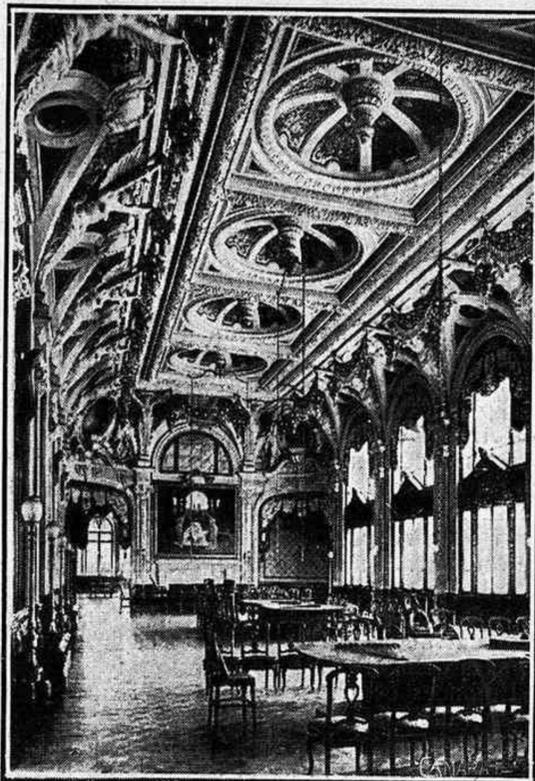
Esta sala es verdaderamente notable, por la majestuosa amplitud y la armonía de sus dimensiones. El *plafond* luce cuatro *panneaux* decorativos pintados por Armand Segaud. En las paredes, encuadrados en roble esculpido con incrustaciones de bronce, otras cuatro telas de Segaud representan la Mañana, el Mediodía, la Tarde y la Noche. Dos cuadrigas alegóricas del escultor Paynaud, representando el Día y la Noche, completan el bello conjunto decorativo. Y para que toda esta magnificencia luzca avalorada por una luz propicia, grandes tapices de un verde Imperio proyectan sobre ella suaves reflejos de seda.

Pero aquí, como en las primeras salas, las gentes no tienen ojos sino para el juego...

La voz monótona de los *croupiers*, en una mesa y en otra, cantan el mismo estribillo:

—*Faites vos jeux, messieurs!*

CARLOS BAREIRO PEREYRA



La sala de la ruleta



Detalle de los jardines del Casino



El palacio del Principe de Mónaco

LA ORUGA, OTROS BICHOS Y EL SAPO

(Apólogo para novicios del Arte)

PUES señor...

Erase que se era una oruga fea, como todas las orugas, entre gris y verdosa, erizada de pelusa, tan rugosa y abullonada, que al verla arrastrarse dijérase que se sublevaban cien corcovas...

He dicho ya que era fea, ¿verdad? No lo pregunto porque lo haya olvidado, sino para dar mejor la idea de su fealdad, en fuerza de recalcarla.

Pero si feo era su cuerpo, su espíritu—porque en los apólogos y aun fuera de ellos, señores incrédulos, los bichos tienen espíritu, algunos mejor que los hombres, y de muchos de ellos puede afirmarse que son mucho más espirituales que nosotros—, su espíritu era de singular belleza. Noblemente ambiciosa, tenía un ideal, y solamente por su ideal y para su ideal vivía: aletargarse en su crisálida, como en una celda encantada, donde en oración se purificase y se despojase de su prosaica, grosera y antipática vestidura, como artista que pule y acicala sus facultades con la meditación, y se metamorfosease luego, en voltiante mariposa que maravillara á cuantos la contemplasen, la sutileza y la policromía de su vestidura y la ligereza de su vuelo, que más que de alado insecto le diese apariencias de ser la propia alma del céfiro en que se meciese...

Había nacido en un árbol, cuyo nombre ni sabía ni le importaba, porque ella, desde recién nacida, no tenía pensamiento ni ilusión sino para su ideal: ser mariposa; es decir, aumentar las obras maestras de belleza, ser un encanto más de este mundo... ¿Puede haber deseo más noble que el de hacer amable la vida?

El árbol, muy frondoso, cobijaba bajo su amplia copa un no pequeño corral, donde en revuelta mezcolanza pululaban conejos, gallinas y palomas, amén de otros bichos de menor cuantía, y cuyo nombre no hace al caso, y adonde solían aportar su pico, y no á aportar nada bueno que digamos, sino á llevarse lo que buenamente pudiesen, gorriones descarados y rapaces, y algunos otros pajarillos insectívoros, al acecho de los gusanillos que pudiesen atrapar rastreando por el sucio suelo...

Era llegado el más hermoso día de primavera... Todo el corral respiraba bullicio y alegría...

Y la pobrecilla oruga, contagiada del uno y de la otra, creyendo que el júbilo universal era el gozo de verse todos gozosos, quiso demostrar el suyo, por si acaso alguno hubiese reparado en ella y, al verla tan fea, se entristeciese de creer eterna su fealdad y de suponerla resignada para siempre, y sin un ideal más elevado, sin una aspiración realizable de belleza...

Y contagiada, intentó hacerse oír de sus vecinos, con esa misteriosa voz y ese más misterioso lenguaje con que todos los seres de la Naturaleza saben hacerse entender, aunque no sea universal.

Y les dijo:



—Alegraos, hermanos. En los cuentos miríficos de los hombres, las hadas pasan una temporada metamorfoseadas en repugnantes reptiles; así, yo no soy lo que os parezco... En mi crisálida dejaré esta horrible forma que aprisiona á mi inquieto y soñador espíritu, y me tornaré la más linda mariposa que encantó jamás vuestros perspicaces ojos. Si alguna vez osé bajar hasta vosotros, ó el viento me derribó, al mirarme lanzasteis todos un estridente y prolongado grito de repugnancia... Yo os compensaré de esa mala sensación que os produjo cuando me vuelva bella mariposa. Yo os prometo voltiar por encima de este corral, no de pasada, como hacen otras, sino hasta ocasionaros las más dulces embriagueces de belleza, las más hondas emociones estéticas... Mi ideal no es otro: si aspiro á volar, es para deleitaros á todos...

Entonces ocurrió una cosa insólita, terrible, inesperada.

Un gallo que había tenido muchas veces á sus pies á la oruga y la había considerado despreciable hasta para matarla, subiése de un vuelo al árbol, y de un furioso picotazo la arrojó al suelo... Otros bichos del corral le imitaron, y la pobre oruga, medio acribillada, fué rodando de pico en pico, sin comprender aquella furia general...

Deshilachada, reventada por muchas partes,

fué á caer en un agujero, donde un viejo sapo la aguardaba con la boca abierta...

—¿También tú?—gritó, espantada, la mísera—. ¿Qué vas á hacer de mí?

—Nada. Comerte.

—Déjame vivir... Yo seré mariposa; yo te procuraré más puros deleites con la belleza de mis alas, con el arte de mi vuelo...

—Todo eso no me quitará el hambre. No conozco más placer que el del estómago... Además, loca soñadora, á este mundo no hemos venido á proporcionar deleite, sino á rendir utilidad... Por utilidad, pues, te reclama mi estómago...

Como la oruga tenía mucho espíritu, comprendió la lógica del sapo: se la comía porque le era útil para alimentarse. Pero al pensar en los otros animales, que después de malherirla y destrozarla no se la habían comido, no encontró tan lógica la conducta de los malhechores, y dijo preocupada:

—Oye, sapo: está bien que tú me comas, puesto que mi muerte es útil para tu vida. Pero esos impíos, ¿por qué me han maltratado? ¿Qué les he hecho yo?

—Nada—dijo sentenciosamente el sapo—. Te han puesto en este trance por envidia.

—¿Por envidia?—preguntó ingenuamente la oruga—. ¿De qué? Si ellos son más dichosos que yo... Corren, vuelan á su antojo, tienen asegurado su alimento, son cuanto pueden ser, cuanto podían ambicionar... Comprendería que envidiasen, como yo envidiaría si supiese, á las águilas, porque vuelan muy alto, muy alto, por los cielos azules é infinitos; pero ¿envidiarme á mí, que me arrastro torpemente aún?...

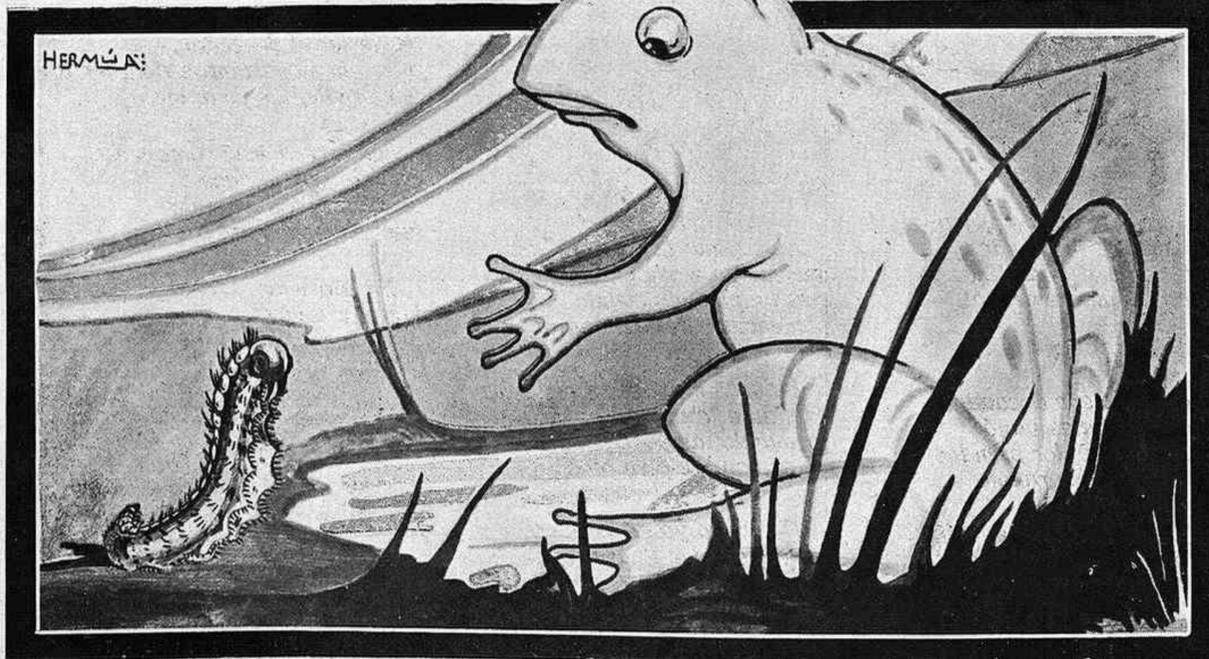
A lo que el sapo contestó con toda la filosofía de su experiencia:

—Los demás animales no envidiamos á las águilas, porque sabemos que nunca podremos conseguir su alto vuelo...

Lo que envidiamos todos; lo que ninguno, ni aun las águilas, puede soportar, es á la oruga, que quiere dejar de arrastrarse, que quiere volar... ¡Es tan grata la visión de los desdichados, que nos subleva la idea de que á uno de ellos pueda sonreírle la fortuna! Porque si todos fuésemos felices... ¡el mundo no tendría encanto!... Ahí tienes por qué se te odió: porque lo más desagradable no es el águila que vuela, sino la oruga, que quiere dejar de arrastrarse..., que aspira á ser también feliz...

E. GONZÁLEZ FIOLE

DIBUJOS DE HERMÚA



ROMANCE INGENUO



Entre una nube de polvo
—oro con la luz del sol—
vuelve de lejanas tierras
el caudillo vencedor.

Sobre el acero del casco
cimbra el gallardo airón
que en el fragor del combate
más gentileza cobró;

en el campo del escudo
luce el mote retador,
pende, cual cinta de plata,
y de una azaña pregón,

y el acero sin mancilla,
que en cien batallas venció,
pende, cual cinta de plata,
del bordado cinturón.

Desde la almenada torre
un ballestero gritó

avisando la llegada
del caudillo, su señor.

En los puentes, las cadenas
chirrían con fuerte son;
suenan clarines guerreros,
redobla el agrio atambor;

haces de lanzas se yerguen
con siniestro resplandor,
y estandartes y banderas
nublan la lumbre del sol.

De lejos viene el caudillo
que cien batallas ganó,
siendo de su valor prendas
su brazo y su corazón.

En tierra hostil y enemiga
su roja sangre vertió;
diz que es fama que en el suelo
una rosa floreció;

que para premiar firmezas
que el tiempo no quebrantó,
para ejemplo de leales
hizo un milagro el Amor.

En el puño de la espada
que cuelga en su cinturón,
trae un pañuelo, tejido
con encajes de Alençon.

Blancas manos lo bordaron
cuando á la guerra marchó,
grabando las áureas cifras
de su nombre y su blasón.

De vuelta ya de la guerra,
el pañuelo que guardó,
porque firmezas pregona,
es su presea mejor.

Caballero de romance
ha de ser el vencedor,
más que por triunfos de guerra,
por privilegios de amor,

que á ser héroe romancesco
de una balada pasó
el que en ojos de mujer
hizo brasa el corazón.

En glorietas y jordines,
junto al gentil surtidor
de la fuente cantarina,
sonará la dulce voz

que acaricie los sentidos
con la amorosa canción:
«Era un caballero rubio
que de la guerra tornó.»

José MONTERO (†)

DIBUJO DE OCHOA

BIEN
MAO

EL PALACIO DE CARLOS V
 "PLUS ULTRA" :: "SÓLO DIOS VENCE..."

Cuando penetramos en el palacio de Carlos V, recordamos las justas palabras de Teófilo Gautier: «Se admiraría este edificio situado en cualquiera otra parte; pero aquí se le maldice, cuando se recuerda que cubre una igual extensión de la Alhambra, derribada expresamente para alzar esta pesada mole...» No está bien comprobada la afirmación del viajero francés, ó, al menos, los cronistas españoles guardan sobre ello un misericordioso silencio. En verdad, no se sabe si Carlos V destruyó para edificar; si mandó derribar una parte de la Alhambra para embutir allí su palacio, hecho á su gusto, superponiendo una concepción española ó semi-española á la sutil, soñadora y misteriosa concepción árabe.

Recordamos que en Córdoba se nos dice que la mezquita no era sino una parte pequeña de los palacios de Abderramán, que con sus jardines encantados llegaban hasta la falda misma de la Sierra; esto es, que los palacios del Califa cubrían mayor superficie que todo el perímetro de la ciudad actual. ¿Quién arrasó aquellas obras de maravilla y de encanto? Fué el invasor, que, aun santificado por el ideal de reconquista del territorio de sus antepasados, realizaba una obra de barbarie. La civilización cristiana era inferior á la árabe, ó, al menos, la mesnada que avanzaba extendiendo la frontera castellana no sólo iba guiada por el antagonismo religioso, sino que carecía de sensibilidad artística, templada en las inquietudes, sobresaltos y durezas de la guerra.

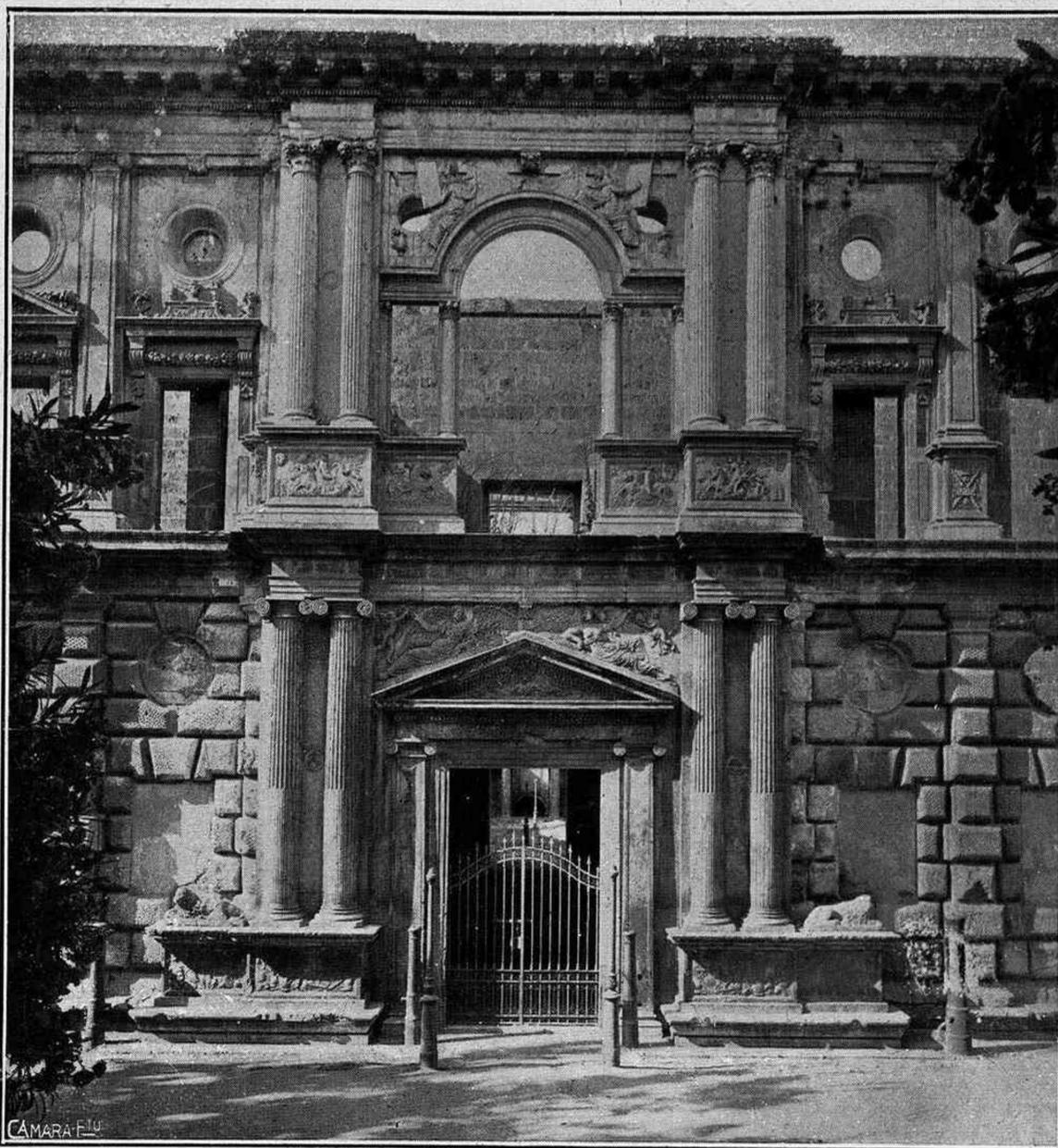
Al conquistar destruía la edificación, creyendo destruir la fe enemiga. Arrasaba por saciar su

odio y para justificar su botín. Este es el caso de Córdoba; pero recordamos también que en Sevilla acontece algo semejante. Fernando III, *el Santo*, no se halla á gusto en el Alcázar del Rey moro; también allí los cristianos destruyeron y arrasaron. Con personalidad más recia, el Rey D. Pedro hace lo que luego hizo en Granada Carlos V: dejar su huella y su trazo en el edificio conquistado. Las turbulencias de su reinado y de su propio corazón inquieto no permitieron

de sensualidad, no trono para su grandeza y su poderío. De aquellos milagrosos alicatados; del tapiz de maravilla que fingía la piedra burilada y coloreada; de los artesonados policromados, surgían como una voz del infinito, común á todas las religiones no falseadas por el egoísmo humano, aquellas palabras del Corán: *Sólo Dios vence... Sólo Dios es vencedor...* Las *suras* musulmicas eran como un reproche en la conciencia del César, que sólo en las postrimerías de su

á D. Pedro yuxtaponer un palacio cristiano en el palacio moro; quedóle apenas tiempo, paz y dinero para hacer unas habitaciones, unos baños y unos jardines, y sembrar en ellos unos naranjos...

A Carlos V le acontece algo semejante. Junto al palacio árabe; sobre trozos suyos y ruinas suyas que hicieran las tropas ó los religiosos de Isabel, como una expiación, como una ofrenda al Dios vencedor, quiso alzar el contraste de su palacio severo, de líneas austeras, de adornos breves, sin más color que el bermejo ó el ocre que la Naturaleza pusiera en el granito y en el jaspe de la cercana serranía. Se dice que Carlos V quiso alzar esta mole, porque hospedado en la Alhambra, se encontró estrecho é incómodo. Torpes cronistas los de aquella edad, que no quisieron ó no se atrevían á mirar cara á cara el alma de sus Reyes. El César, que era más tedesco que hispano, no se sintió en el palacio de Abil-Jusef falto de amplitud de morada, sino falto de amplitud de espíritu; no incómodo, sino inquieto y sobresaltado; no estrecho, sino pequeño. Aquella morada de encanto parecía ensueño de hadas y templo



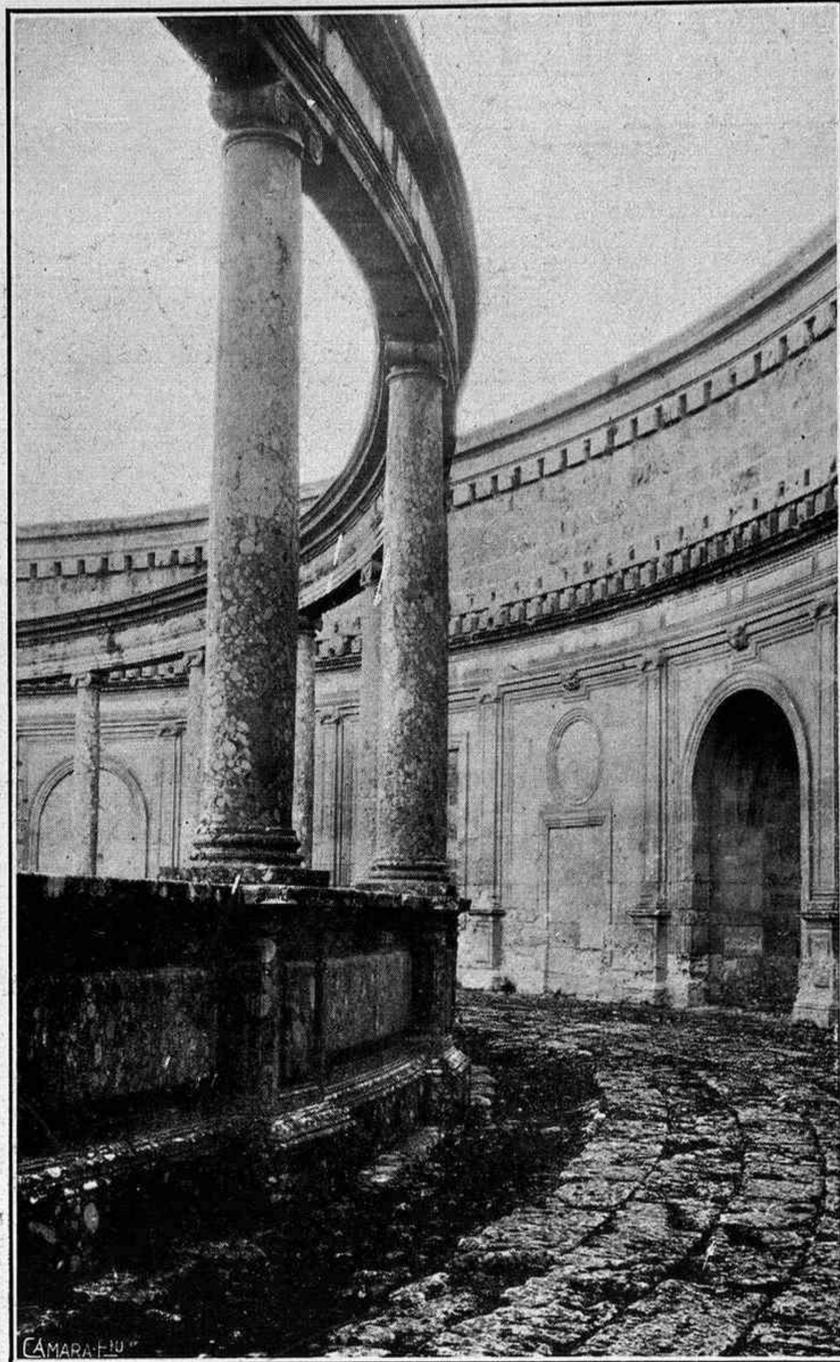
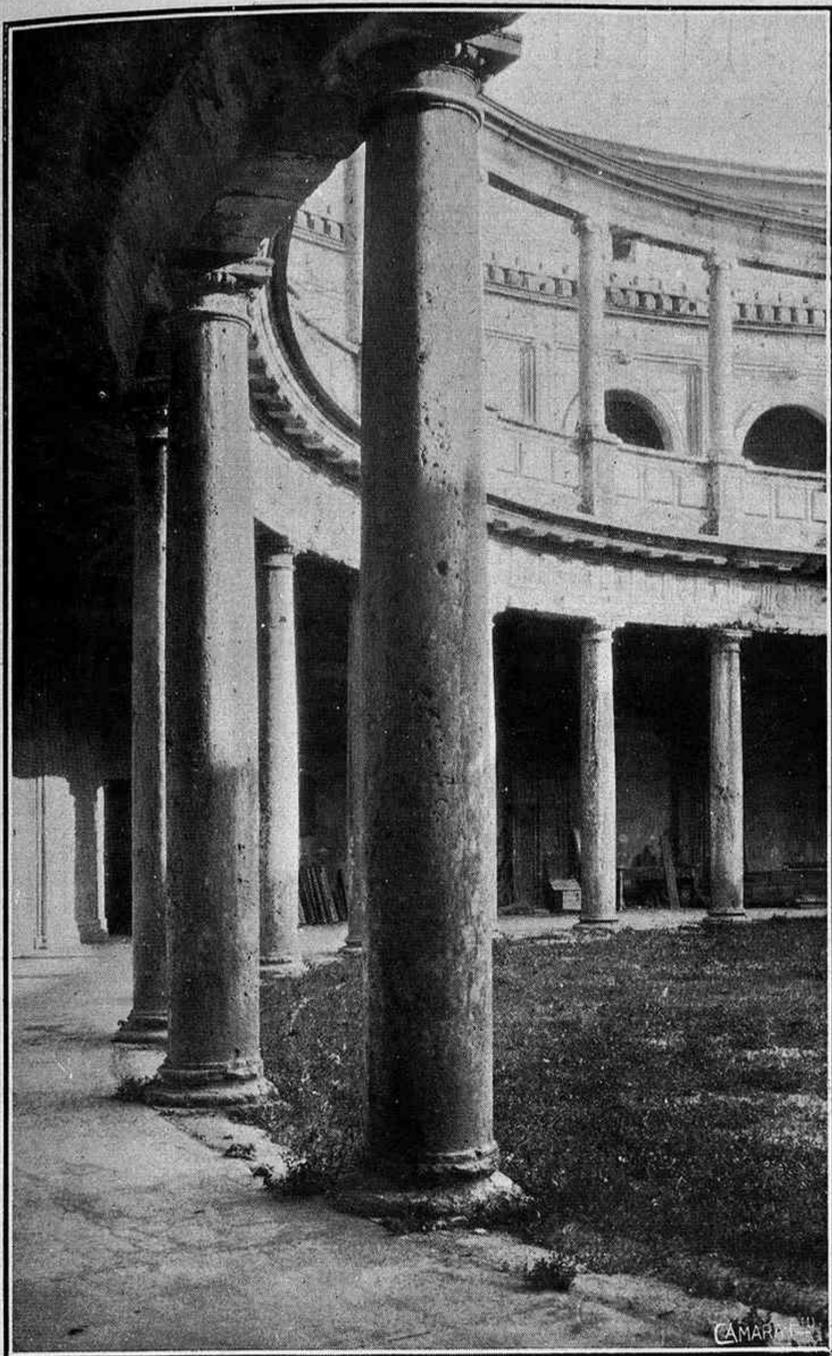
Fachada principal del palacio de Carlos V



Detalle decorativo de las bases de las columnas de la fachada principal



Detalle escultórico de las bases de las columnas de la fachada principal



Dos aspectos del gran patio circular del palacio de Carlos V

vida se sintió acobardado ante Dios. El tenía otro lema: *Plus ultra*, un lema terreno que oponer á la dulce concepción providencialista de los árabes. *Plus ultra*, esto es, *más allá*. Más allá del Océano ignoto, más allá de las Indias descubiertas, más allá sin término y sin límite para el poder del César; más allá, acaso, hasta tocar en Dios mismo... Y Carlos V quiso alzar su palacio con la grandeza maciza que él concebía, la grandeza pagana de los grecorromanos que habían llegado á concebir en su mitología los semidioses—que esto era él—, para colocar su *Plus ultra* más alto, más claro, más voçinglero que el *Sólo Dios vence*... que murmuraban, abatidos en tierra y con labios trémulos, los califas proclamadores de la grandeza de Alá.

Pero Carlos V tenía de soberbia todo lo que le faltaba de dineros. Como arrancaba para sus guerras subsidios á las Cortes, tuvo que arrancar para esta obra á los corregimientos de Granada, Loja y Alhama las penas de cámara que imponían—penas en metálico ó trabajo forzado—, y tuvo que imponer tributos á los moriscos que quedaron en la ciudad. Aún así, cuando se retiró á Yuste, el palacio estaba á medio construir. Lo continuó y tampoco lo acabó Felipe II. Acaso en el ánimo del César, que sin sus andanzas por Europa, hubiese sido más gran Rey, había el deseo de alzar la civilización de Castilla á la altura, no ya de la del moro vencido, sino á la que alcanzaba en

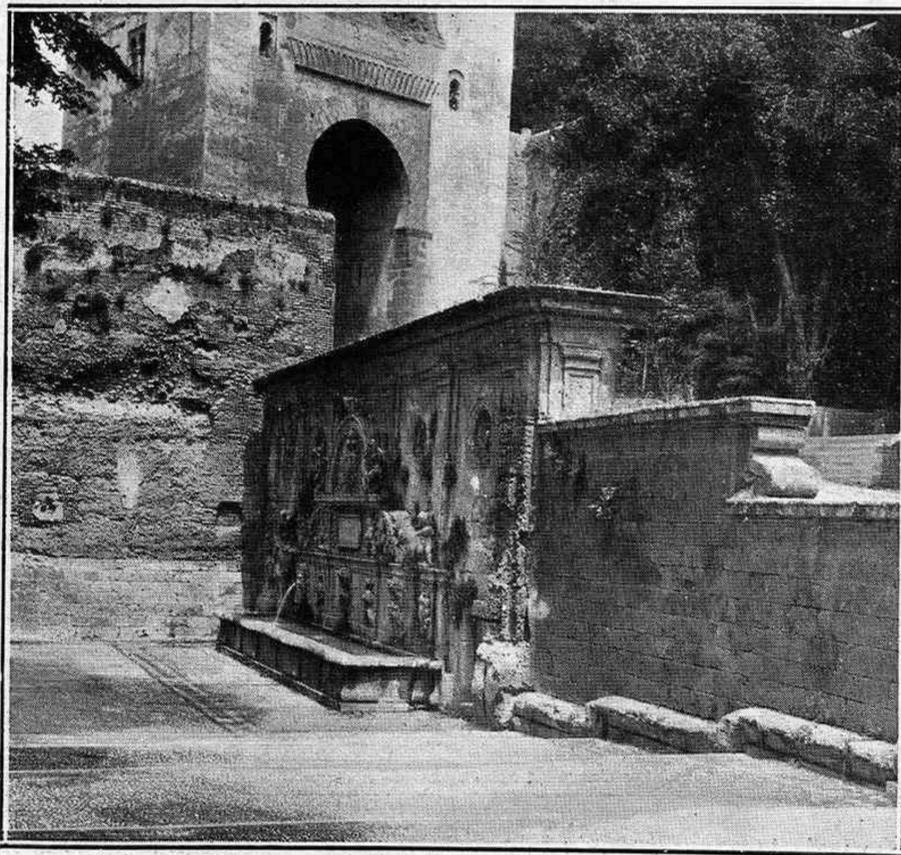
Italia y en Germania. Ese palacio de la Alhambra fija la época del intento de restauración de la arquitectura nacional; allí van Pedro de Machuca, el autor de la fuente primorosa; Juan de Vega, Pedro de Velasco, Martín Díaz Navarro

y Alonso Hernández. Son los arquitectos que escriben esa breve página del Renacimiento español, que comienza con el siglo xvi y que busca la tradición de lo bizantino y lo románico, como si en esos órdenes estuviese encerrada el alma nacional. Aun siguiendo esta orientación, Felipe II no siente el estímulo de contraponer un arte cristiano al arte árabe. La Reconquista es ya un suceso histórico, en el que no quedan glorias que ganar; la media luna, ahuyentada de España, inquieta sólo las aguas mediterráneas desde las costas de Berbería.

El nuevo demonio se ha alzado en el centro de Europa, en el claustro de un convento y en las aulas de una Universidad, é inquieta y perturba á la Cristianidad precisamente en nombre de Cristo.

Para alzar la mole del Escorial, Felipe II se olvida de acabar el palacio de su padre. En 1633 las obras se paralizan. Habían quedado sin techos y sin tejados, salones y galerías, y así estuvieron hasta las postrimerias del siglo xix.

Entretanto sus piedras se cubrían de verdín y de moho, y el jaramago crecía en sus junturas, en el horizonte declinaba y se ponía el sol que alumbrara el imperio de Carlos V. Como en la edad de Hércules, ha habido que colocar un *non rotundo* ante el *Plus ultra* que tanto envaneciera al soberbio César.



Pilar y fuente de Carlos V, junto á la puerta de la Justicia, de la Alhambra

FOTS. TORRES MOLINA

MARTÍN AVILA

VALENCIA MONUMENTAL



La famosa torre El Miguelete álzase majestuosa y arrogante á un mismo tiempo: es como un vigía de la ciudad de las flores, cuyos campos rientes y cuyo mar azul domina desde la altura...

FOT. GÓMEZ DURÁN

EL MIGUELETE
BIBLIOTECA
MIGUELETE

LA MODA FEMENINA



Si el primero de nuestros grabados nos da exacta idea de que el sombrero grande no concluye, y que si es de terciopelo morado con la capa de fruncido raso lila hace primoroso efecto, el segundo grabado nos enseña cómo debe encasquetarse esa graciosa *toque de glasé* negro, sin más guarnición que el arte con que está hecha, y el tercero, nos convence de que no estaban mal informadas las muchas personas que anunciaron la reaparición de las rizadas plumas.

Asimismo están ustedes viendo que esas pieles son otros tantos magníficos *renards*.

En las dos fotografías reproducidas en la

déis, la gracia primorosa y *vieilloté* de este adorno que tanto lucieron y estimaron nuestras madres.

Hemos visto un traje de *taffetas* azul-rey, cuya falda lleva alrededor cuatro hileras de *ruches* de tres dedos de ancho; el corpiño queda cruzado y luce en el borde otra *ruche*, que, naturalmente, es más estrecha, como la que orla el final de las cortas mangas.

Ce qui commence recommence.

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE

parte inferior de esta página, presentamos cuatro vestidos muy lindos.

El primero es elegante, es práctico. Nada decimos de la hechura, porque más á la vista no puede estar; pero sí explicaremos que la tela es terciopelo de lana; *coupe impeccable, féminité exquise*, como nos manifestó la modista francesa de cuyo afamado taller ha salido este modelo.

El segundo, obediente á uno de los más imperiosos mandatos de la moda, no vacila en adoptar los dibujos esos que tienen algo de caracteres chinos. La tela, raso; el color, azul oscuro; los dibujos, blancos, como el cinturón.

Nuestra tercera *toilette* es esa tela que llaman *bura*, color almendra.

Lleva sobrefalda, y el grueso cordón que rodea la cintura y cae por delante, «hace bien».

Y el último vestido es de *taffetas* negro, con todos esos volantes—que son de encaje—alrededor.

En cuanto á las mangas, ya ven ustedes que las hay para varios gustos: unas hasta el puño, otras algo más abajo de los hombros, y otras cerca del codo y completamente cortitas; pero no se limita á éstas la diversidad imperante, puesto que hemos de ver también bastantes mangas *pagodas*; muchísimas que asimismo ensanchan algo, aunque no tanto, al terminar, y no pocas que no merecerán tal nombre...

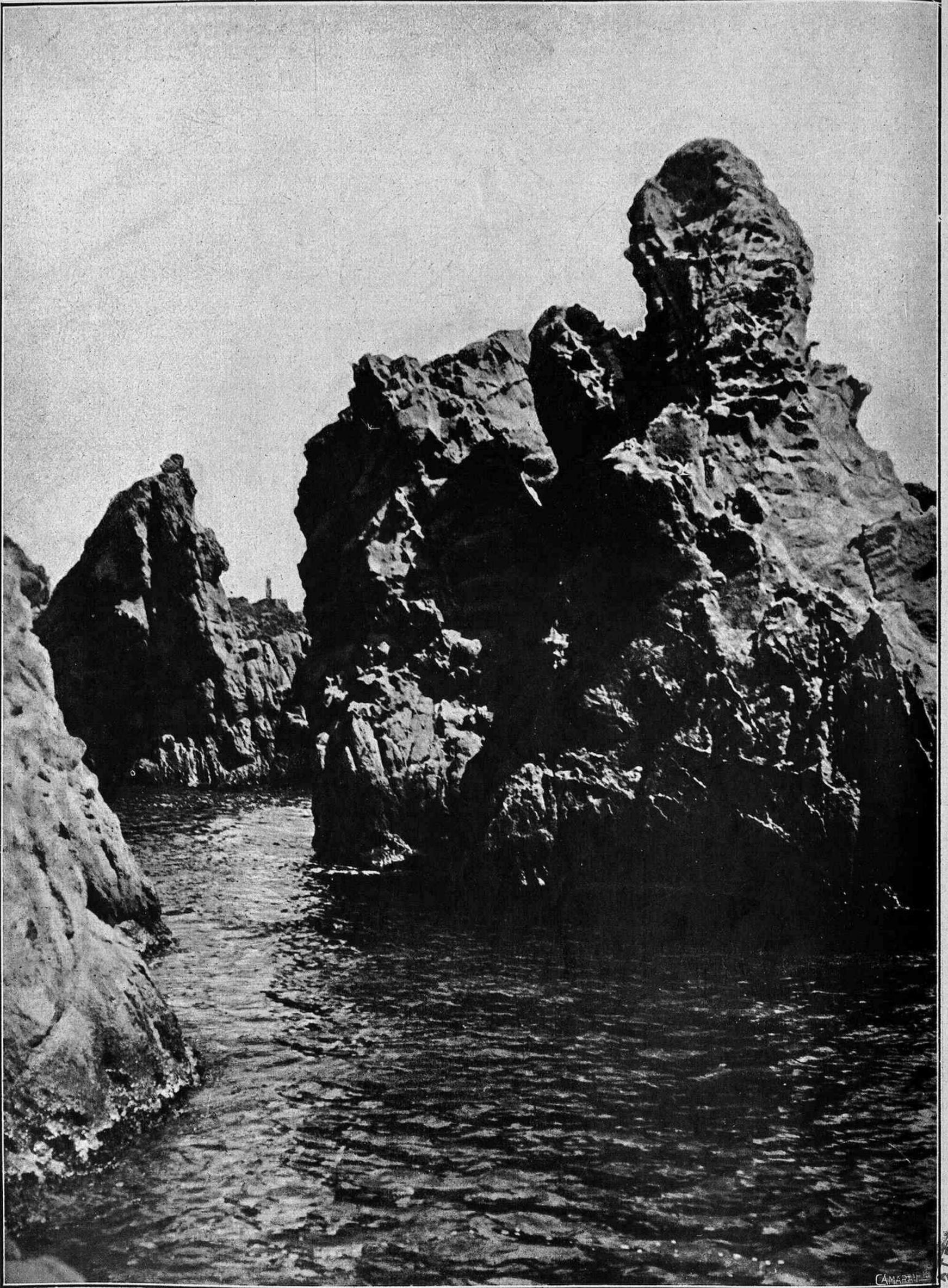
Los bordados y los encajes, á la orden del día y de la noche, como lujosa guarnición.

Cierta elegante dama francesa ha lucido últimamente una suntuosa capa que consiguió llamar la atención en una fiesta celebrada en San Sebastián. Era de *charmeuse* azul, con gran pelerina y cuello, de encaje antiguo y valioso una y otro; también azul é igualmente de *charmeuse*, el traje. Casi toda la falda, así como parte del corpiño y las mangas, ostentaban encaje idéntico al de la cumplidísima capa.

Vuelve la *ruche*—¡cuántos recuerdos trae, recuerdos de lejanos tiempos!—; torna, no lo du-



ESPAÑA PINTORESCA



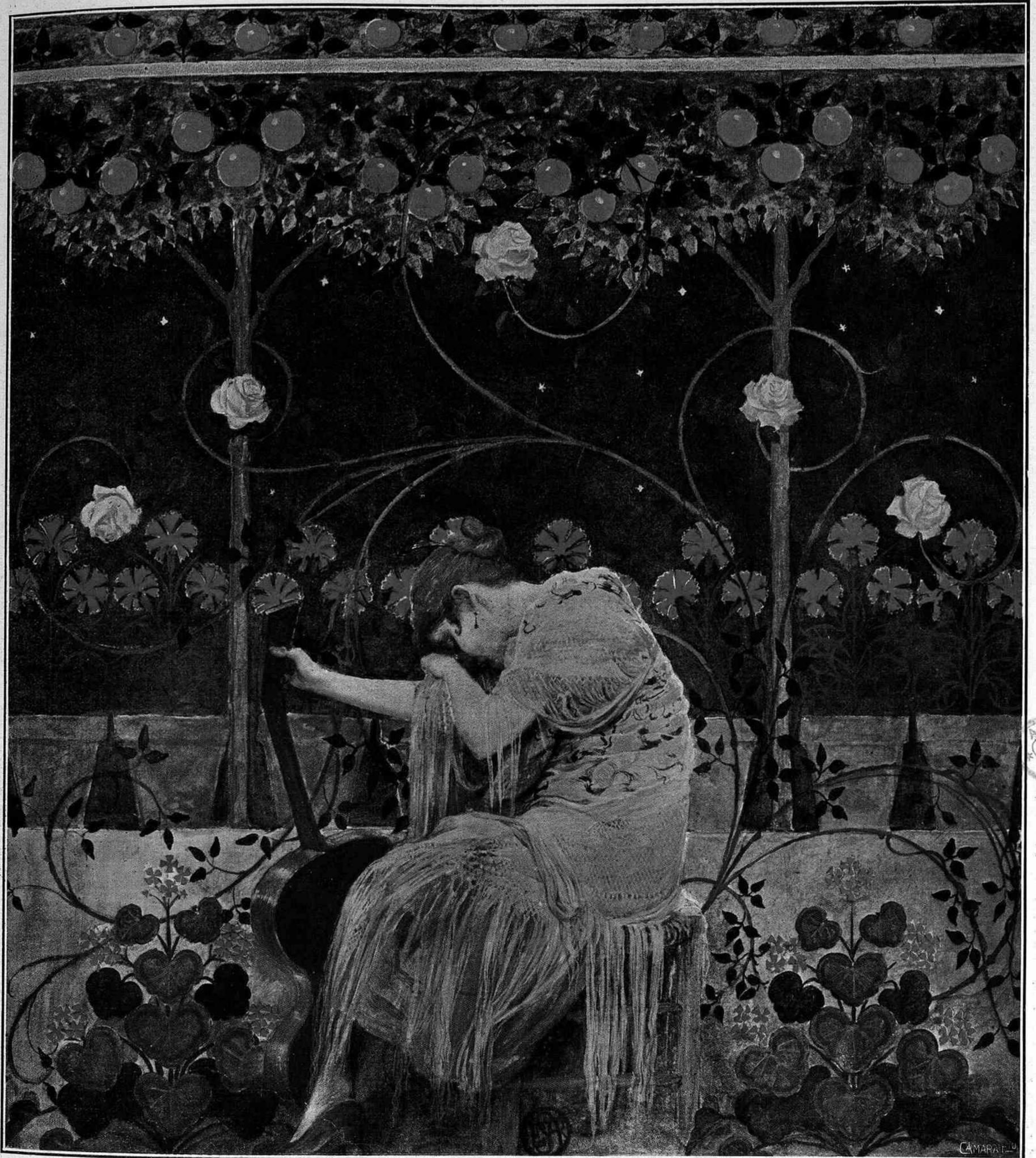
Lugar conocido por "Las Illetas", en la Costa Brava (Gerona)

FOT. PEDRO CANO BARRANCO



CAMARON

GUITARRA ANDALUZA



Llega, suspiro mío,
á la que ya me olvidó
y ruega que te dé un sitio
dentro de su corazón.

Di al cura que te confiese,
y al sepultero llama:
que si esa mujer te mira,
ni la Caridad te salva.

A un joyero le robaron
unas perlas y un rubí.
Al ver tu boca y tus dientes,
ivan á sospechar de tí!

Al mirarme aquellos ojos,
no sé bien lo que sentí,
pero sé que me dijeron:
"Hay que querer, ó morir."

Me preguntas, por ser tuya,
dónde guardo aquella flor.
¿A la Virgen se la puse!
¿Dónde puede estar mejor?

Aunque finges que me quieres,
el desengaño me espera.
¿A qué labrar un palacio
con los cimientos de arena?

Hay recuerdos acerados
como puntas de puñales,
que en el corazón se clavan
sin que los conozca nadie.

Hay en tus risas, gitana,
sonidos que me recuerdan
suspiros de mi guitarra.

Antes penaba por verte,
y hoy pido al Cielo divino
que á mi lado no regreses.

Narciso DÍAZ de ESCOBAR

DIBUJO DE CÉSAR ALVAREZ DUMONT

ESPAÑA PINTORESCA

EL MONASTERIO DE PIEDRA



"La Requejada"

A CONTÉCENOS alguna vez en nuestra marcha por la vida hallar un hombre seco, duro de facciones y de un aspecto revelador de gran aridez espiritual. Es grata nuestra sorpresa cuando, al ahondar en su amistad, descubrimos un alma delicada y jugosa, llena de insospechadas bellezas que jamás presumiéramos bajo aquel desabrido exterior.

Tal sucede al viajero que, caminando por tierras del Bajo Aragón, siente sobre su espíritu la horrible sequedad del paisaje, donde la alegría de la blanca luz que baja de los cielos se apaga, como en los ojos de los muertos, al caer sobre aquellas tierras desoladas, y como en ellos, al reflejarse, causa honda tristeza.

Nadie, contemplando aquel páramo, pudiera imaginarse que en su escondido corazón se oculten los tesoros de poesía que alberga el famoso Monasterio de Piedra.

Tan bien ha preparado la Naturaleza la violencia del contraste para impresionar al caminante, que cuando llega éste, fatigados sus ojos por la visión monótona del yermo, y hállese de repente en medio de un vergel delicioso, parece que todo lo que ve es un sueño, un delirio que la fiebre del sol abrasador del camino le produjo.

Es, en efecto, el célebre Monasterio, á que da nombre el río Piedra, uno de los más extraños y bellos sitios del mundo.

Una vieja torre almenada, con curiosos matacanes, anuncia la llegada. Una plaza silente, sombreada de añosos árboles, brinda reposo y grato frescor. Las ruinas del convento de cistercienses, fundadores del Monasterio, como las rotas páginas de un viejo libro de Historia, avivan la curiosidad del visitante que busca en ellas el íntimo sentido de los siglos pasados; un

hostal para albergue de los que llegan y una casa de moderno *confort*, cuyos dueños nos hacen el más delicado acogimiento.

En cuantos libros, folletos y artículos se trata del Monasterio de Piedra, aparece obligado el



"La Trinidad"

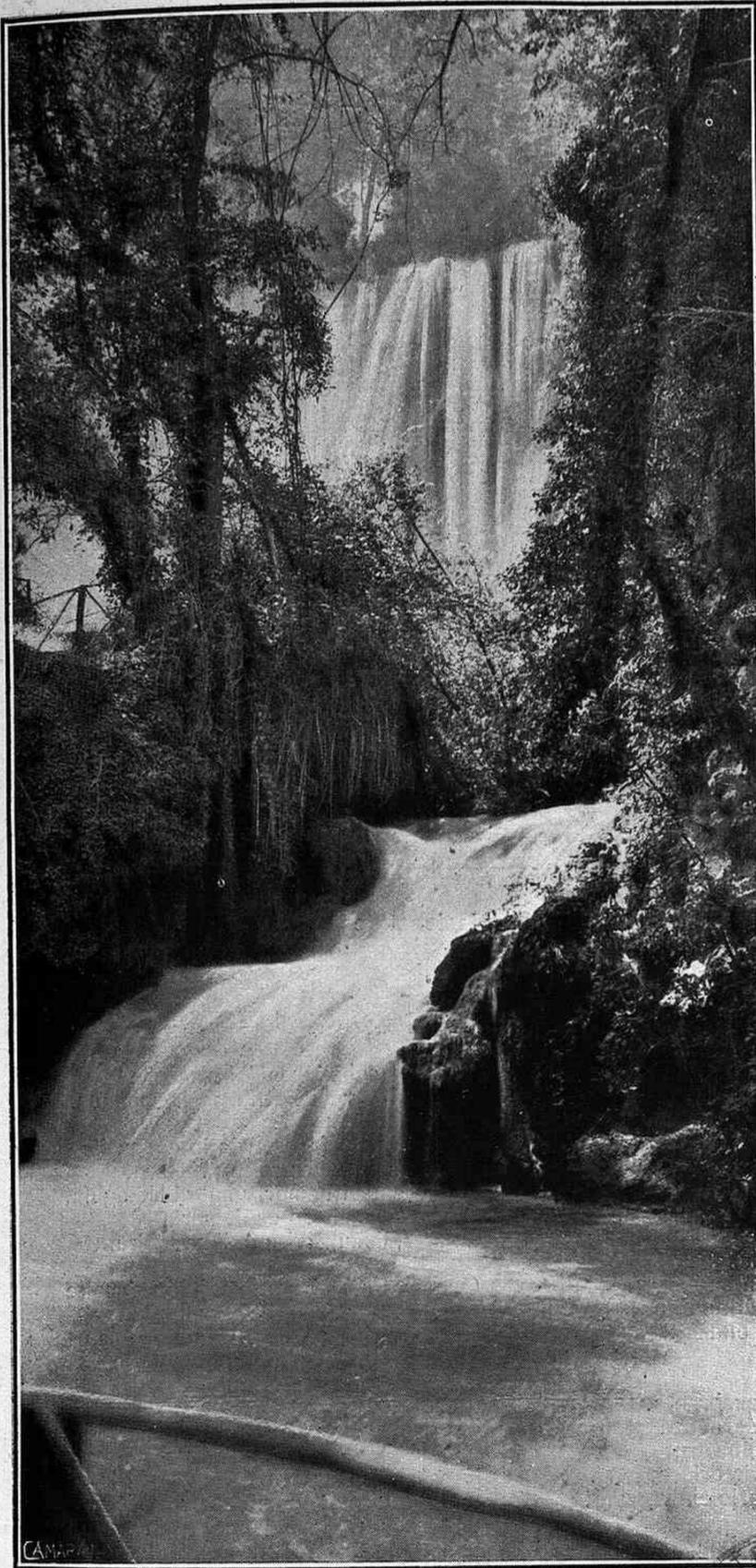
nombre de los Muntada, sus propietarios. Pensaba yo que esto obedecería á la gratitud á que se hace acreedora aquella noble familia, por las exquisitas atenciones que en ella recibe el viajero; pero al llegar allí hube de rectificar. El elogio no nace solamente de gratitud; otra es la causa. El Monasterio de Piedra no pertenece á los Muntada; son ellos los que pertenecen al Monasterio de Piedra. Su grandeza los ha absorbido; su hermosura los ha reducido á encantamiento, como esas mansiones encantadas de las leyendas á los príncipes que en ellas penetraban.

Es un amor tan hondamente sentido el que profesan á aquel lugar de maravilla, que en él y para él viven, como el alma del místico vive en Dios.

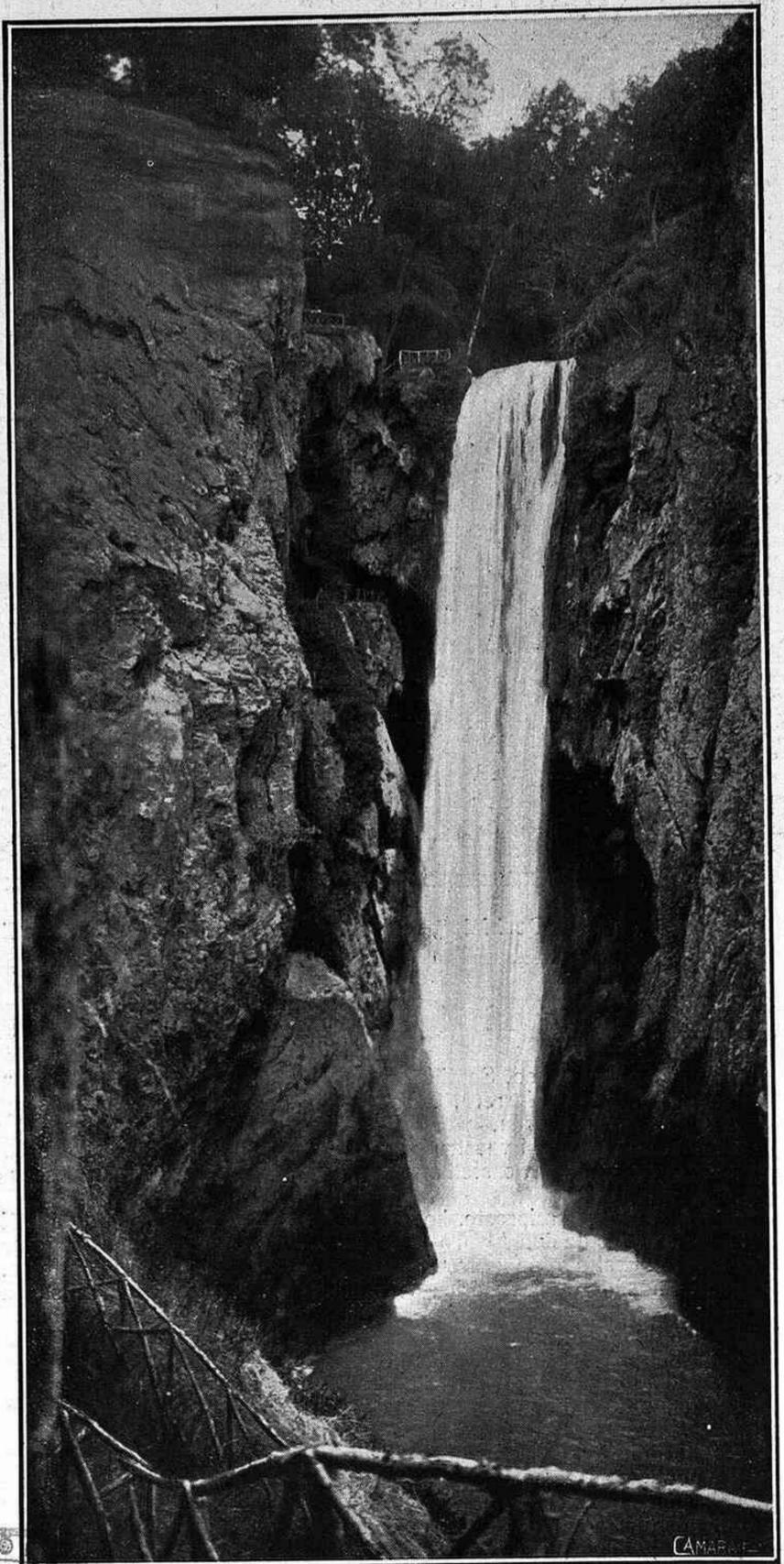
Conocen los más íntimos secretos del paisaje, sus más recónditas bellezas, y las muestran con un entusiasmo que pronto prende en el visitante, porque la cálida palabra de aquellos enamorados, cautiva tanto como los encantos de los sitios que enseñan.

Recorrer en su sabia compañía todo el trayecto por donde el río Piedra va derrochando el tesoro de su hermosura, es ir gozando las más variadas é intensas expresiones, ante cascadas tan admirables como la Iris, el baño de Diana, la Caprichosa...; ante aquel prodigioso salto de la Cola del Caballo, bellísima cortina líquida que oculta la entrada de una gruta, misteriosa como un rito brahmánico, irisada como una leyenda árabe, adornada con fantásticas estalactitas, iluminada con los más extraños reflejos de la luz del sol; que en el ocaso atraviesa las aguas y se deshace en chispas áureas y diamantinas que rebotan lanzando vivísimos destellos; gruta evocadora de estancias mitológicas, con tinie-

CAMARAT



"Baño de Diana"



"La Cola del Caballo"



blas profundas y claros albores; realidad más bella que los más bellos ensueños de la humana fantasía.

Contemplar la espléndida decoración que ofrece la Requejada, con su fondo vaporoso velando los frondas; descansar en las orillas de los serenos remansos, donde las aguas quietas parecen fatigadas y como arrepentidas de sus locas y estruendosas correrías por los barrancos; pasar del ruido ensordecedor al silencio, de la luz reverberada y cruda á la suave penumbra de los verdes apagados; sentir las sacudidas emocionales ante las bruscas variaciones de la Naturaleza, ruda y violenta á veces, tierna y dulce como una caricia, otras; llenar de ella los sentidos y el alma, como los pulmones cuando aspiramos el aire puro de las cumbres...

¿Será posible que toda esta magia desaparezca rasgada por el frío tirilíneas del ingeniero?

Así lo teme el Sr. Muntada, que conoce la existencia de un proyecto para captar las aguas del Piedra, que, de realizarse, acabaría con toda aquella maravilla.

No podemos creer que para aprovechar 700 ú 800 caballos de fuerza, ener-

gía hidráulica bien insignificante aquí, donde tanta existe, se destruya el encanto de este sitio, único en el mundo; porque además, y dentro del cálculo más egoísta, ¿se ha medido bien si la utilidad de esa energía superará á la que pue-

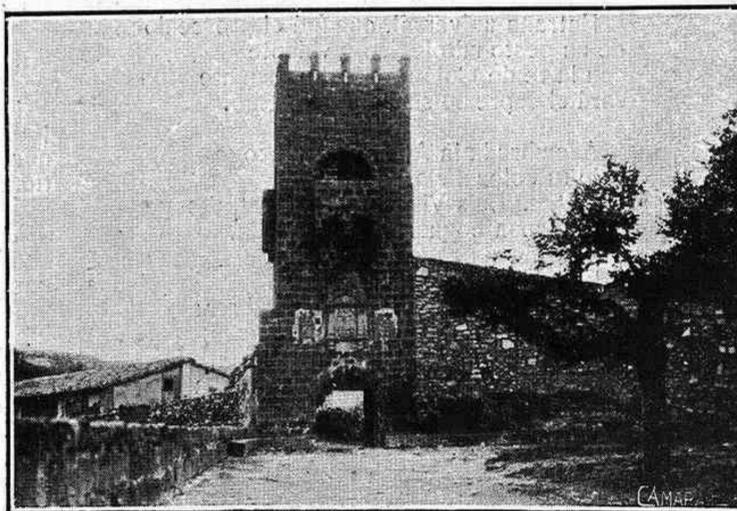
de producir la belleza del paisaje? Seguros estamos de que ningún Gobierno (y cuidado que tenemos mal concepto de la estética gubernamental) se atrevería á permitir la captación del río sin darse cuenta de lo que ello supone.

La declaración de «sitio nacional», hecha por la Junta de Parques Nacionales, impedirá que se cometa tal atentado, y con ella estaremos todos los españoles que amamos las bellezas patrias.

De estos temores vamos hablando, cuando, terminada la visita, volvemos á subir á la loma donde se alzan las ruinas del Monasterio. Allí nos aguarda otro espectáculo soberbio.

El sol se oculta tras los cerros pelados, y la vieja torre del duodécimo siglo proyecta su silueta vigorosa sobre el incendio del crepúsculo. Parece un símbolo de nuestra Historia. Es una fuerte evocación del espíritu medioeval aragonés y castellano. Alma de la piedra que conserva el sabor de aquellas recias almas de Reyes, nobles, frailes y guerreros.

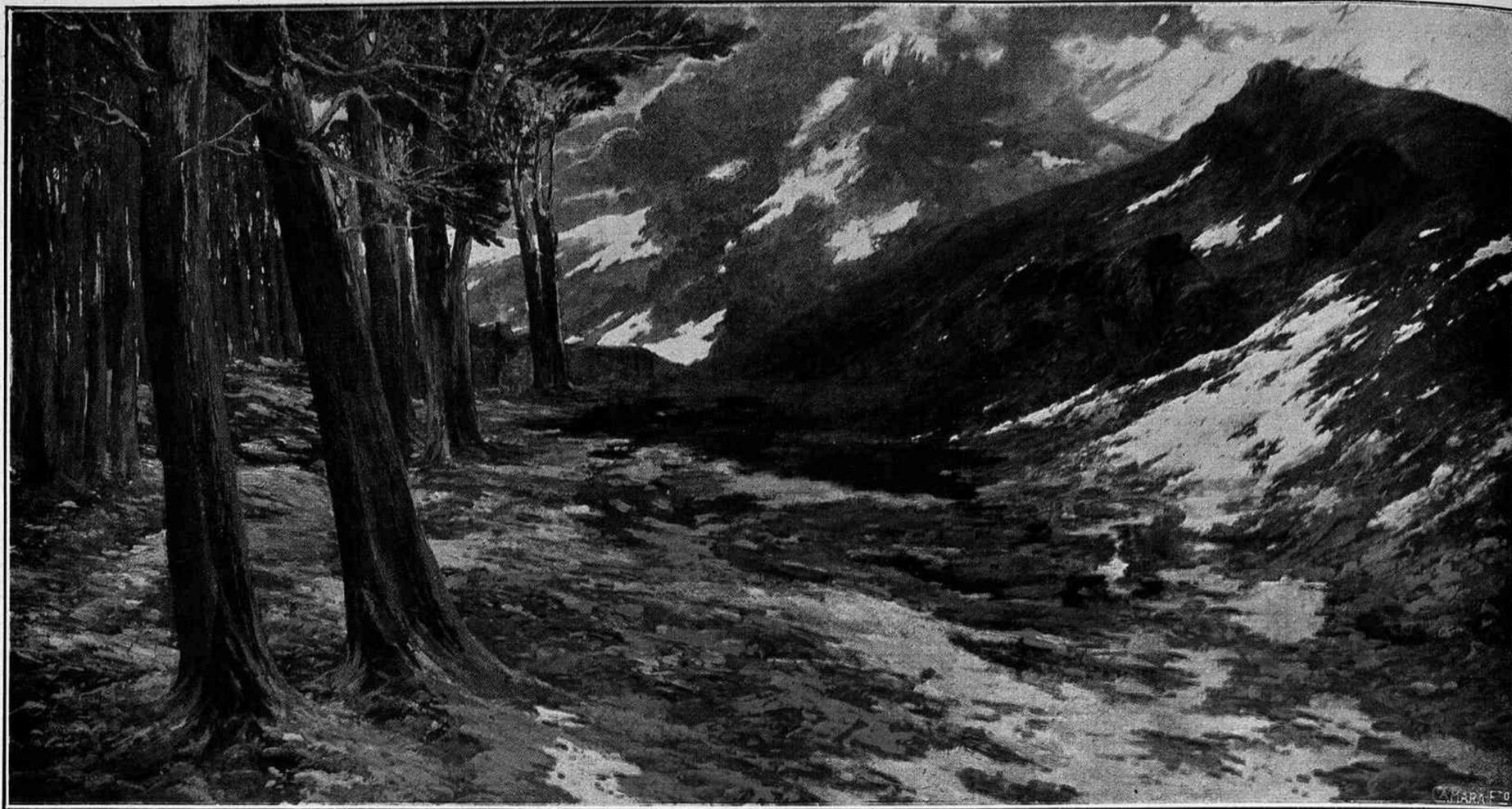
La torre altiva, dominadora como ellos, como ellos se proyecta sobre un trágico cielo.



La torre del Homenaje

FOTS. ALONSO

L. ALONSO



“Deshielo”, cuadro original de Juan Espina; que figuró en la última Exposición Nacional de Bellas Artes

ODA A ESPAÑA

Gonzalo de Berceo, Santillana...
Don Fernando de Herrera, Garcilaso...
En la América hispana,
un poeta se inclina á vuestro paso
para decir en lengua castellana.

Juan Ruiz, el arcipreste, hoy os escuda
—con mengua de don Alvaro y su acero—
el fervor exaltado de un trovero
que en nombre de la América os saluda.

Juan de Mena, el galante de su hazaña;
el místico fray Luis, don Juan Lorenzo,
prestad á mi decir vigor intenso
que tengo de cantar á vuestra España.

¡Gloria de las Castillas es mi ofrenda!
¡La noble estirpe que clavó su tienda
bajo cielos de América, no pasa,
que nos dió la heredad de su leyenda
y nos dejó la sangre de su raza!

Madrid, Andalucía...
Remansos de cariño y alegría,
donde hay una gitana que despeña
su cabellera entre la algarabía,
ó se ve un niño huérfano en la vía
que ha bebido los senos de una Reina.

Burgos, Valladolid...
¡Solares de los nombres sin mancilla,
en donde Alfonso le jurara al Cid
por Dios y por los fueros de Castilla!

Y Córdoba y Toledo, idealizadas,
donde recuerdan sus encrucijadas
legendarios motivos de tragedia.
Románticas ciudades de rondeles,
donde aún flota la voz de los rabeles
y todo tiene un gris de la Edad Media...

Y Sevilla, que canta y que tremola,
que fué del arte columnata y plinto,
consagrada la Atenas española
por Felipe Segundo y Carlos Quinto.

Blancas parecen la ideal Sevilla
y Cádiz, las canteras de la luna;
allí los ojos queman la mantilla;
todo es gracia imposible, y la cuchilla
sirve como amuleto de fortuna...

Y después otros nombres... ¡Y la mente
por la emoción se queda fatigada,
y piensa en esta España floreciente
que guarda los arcones del Oriente
entre los arabescos de Granada!

Y recuerda á la España ennoblecida,
donde un fárrago arcaico de la vida
escribiera con fe para mañana;
y sabe que en su amor y en su locura,
y que en su noble heroicidad, perdura
el alma de una Grecia castellana...

¡Tierra noble y gloriosa
que se inmortalizó con su quebranto,
cuando fueron Zamora y Zaragoza
la resistencia augusta y dolorosa,
y cuando, con su espada victoriosa,
Don Juan de Austria se glorió en Lepanto!

¡Jamás una epopeya habrá que ponga
ese vigor que te valió tus famas;
por Alcama, Escipión y Aníbal, clamas
que Pelayo ha vencido en Covadonga,
y Numancia y Sagunto están en llamas!

Bendita Madre que miró asombrada
el germen infecundo de un atrazo,
y que si vió el dolor en Torquemada,
dió una Santa Teresa iluminada
y tuvo una Isabel que fué un regazo...

Entraña universal, que fué el proscenio
de un gesto mitológico y vidente
con la fe de Colón, que eternamente
será el supremo símbolo del genio.

Asombrada la América, se acoge
bajo tu colosal clarividencia,
y en Juan Luis Vives y en Servet, recoge
la luminosa hoguera de tu ciencia.

En tu pródigo seno
se fecundó el relieve de los nombres:
Rodrigo de Vivar, Guzmán *el Bueno*,
Roger de Lauria, Córdoba, Balboa,
Cortés, Pizarro, de las Casas... ¡Loa
á la España inmortal que dió esos hombres!

Jimena, doña Sol, mi canto os llama:
que vuestra noble gentileza alcance

á hacernos caballeros del romance
que luchan por su Patria y por su dama.

Que en las mujeres arda lo que ardía
en la virtud de vuestra fe preclara,
y entonces habrá amor y habrá hidalguía,
y el bravo caballero os llamará
doña Inés, doña Elvira ó doña Clara...

Que vuestra hidalga evocación esmalte
con amor la leyenda peregrina;
que haya un duque de Arjona que os exalte
y un paje que os ofrezca el gerifalte
declamando á Gutierre de Cetina...

España, España grande, que nos legas
tu siglo de oro que llenó el espacio,
y así en los Argensolas viste á Horacio
y un heraldo anacreóntico en Villegas.

¡Madre de los Jasones fecundantes
que fueron tras la luz de un vellocino!
¡Ventre de las Américas, infantes
que en la divina lengua de Cervantes
han bebido la cubas de tu vino!

¡Nidal de los homéricos caudillos
que gestas el prodigio entre tus hombres,
y que marcas tus siglos con los nombres
de Velázquez, de Goyas y Murillos!

¡Gloria perenne para su nobleza!
¡Gloria inmortal para la cuna Ibérica,
que, por el alma de su raza, América
tiene el alto blasón de su grandeza!

Y ya que así esa Madre se prodiga,
bendigamos la férula española
que por su idioma y por su fe nos liga,
y que su Santa Eulalia la bendiga
y la guarde su Ignacio de Loyola...

Pues que si nos salimos de su suelo,
su casta hidalga aún nos ilumina;
y, cual blasón eterno de su anhelo,
sus hijas de la América latina
serán un arco iris en el cielo!

ROGELIO SOTELA

San José (Costa Rica).

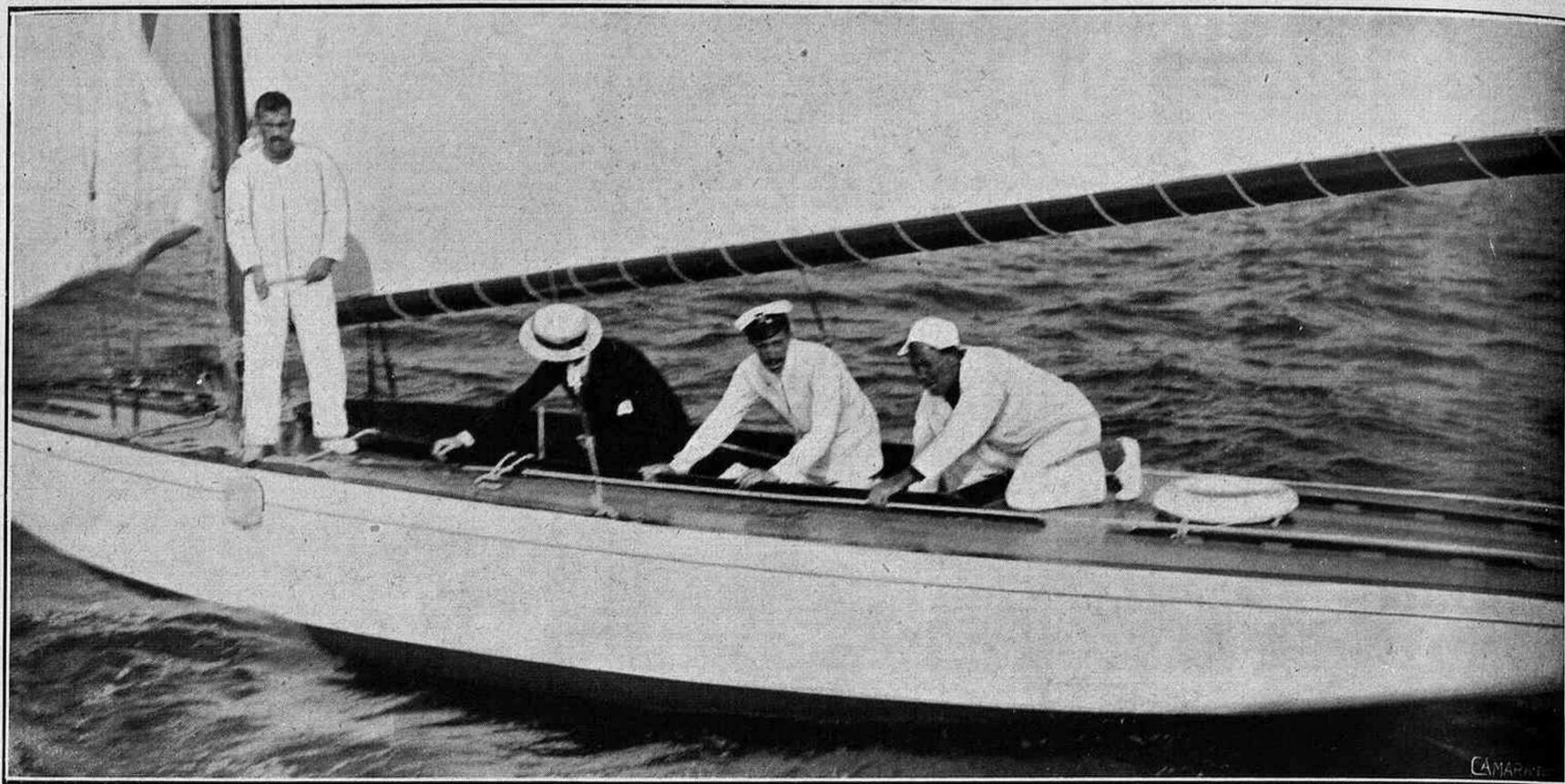
ATENTADO CONTRA EL BANCO MORGAN, DE NUEVA YORK



RECIENTEMENTE ha ocurrido en los alrededores del Banco Morgan, de Nueva York, una explosión formidable, que, según las primeras noticias, fué causada por el choque de un vagón cargado de dinamita con otro vehículo. Según las noticias que posteriormente se han recibido, se trata de un atentado producido por bombas de aparato de relojería. La explosión ha producido enormes daños en todo el barrio de

Wall Street, principalmente en la Bolsa y en las oficinas del Banco Morgan. Los daños materiales se calculan en un millón de dólares. El número de muertos asciende a cerca de treinta, y el de heridos a doscientos. Entre éstos figura Mr. Julius Morgan, hijo del famoso banquero. En nuestra fotografía aparece á la derecha la Bolsa, y á la izquierda el Banco Morgan.

DON ALFONSO XIII EN BIARRITZ



Don Alfonso XIII en su yate "Giralda"

FAVORECIDAS por un tiempo espléndido, se verificaron, durante la primera decena del mes pasado, regatas en Biarritz, en las que tomaron parte numerosos yates y balandros. En las de yates conquistó el primer premio el *Giralda*, patroneado por su propietario, el Rey Don Alfonso, que también hubo de ganar la copa destinada á balandros, con las embarcaciones de su serie. La copa *Challenge*, de

Biarritz, disputada especialmente en las regatas del día 8, fué ganada por el balandro español *Gruendek*, de San Sebastián, y que aparecía clasificado en la serie de seis metros y medio. La distribución de premios fué presidida por la Reina Doña Victoria, celebrándose seguidamente un *lunch*, ofrecido á nuestro Soberano después de su brillante triunfo deportivo.



"Lunch" ofrecido á Don Alfonso XIII después de las regatas

FOTS. ETIENNE



El mejor marco para un
bello rostro femenino
lo constituye una

HERMOSA CABELLERA

Use usted con constancia el

PETRÓLEO GAL

para vigorizar y conservar tan
precioso adorno.

Veinte años de éxito creciente garantizan su eficacia.





Bajo el guante finísimo, la suavidad característica de una mano de mujer halla para conservarla un agente maravilloso: la creme de toilette Malaceine. No hay complemento más delicado ni más útil.

CALVACHE

FOTOGRAFO

Carters de San Jerónimo, 10

EL CABALLERO AUDAZ

(Nueva serie)

052

DE VENTA EN TODAS LAS
LIBRERIAS DE ESPAÑA

Los Seres Vivos de la Creación

(Hombres, animales y plantas)

La obra completa, encuadernada, en cuatro tomos, se vende en esta Administración al precio de **65 pesetas.** HERMOSILLA, 57, MADRID



PECHOS

Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCASIANAS**, Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencias médicas. ¡27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. SANTANDER, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CORUÑA, Rey. LAS PALMAS, Lleó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta Madiedo. PUERTO RICO, Combas Peyork. MANILA, Gaspar, 150, Mandoza. Mandando 6,50 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse a Hermosilla, número 57.

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas a nuestros representantes debidamente autorizados.

Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España



“Lo que sé por mí”

POR

“EL CABALLERO AUDAZ”

(Novena serie)



DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA

Dr. Bengue, 47, Rue Blanche, PARIS.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Agente de “Prensa Gráfica” en los Estados Unidos: **Compañía Hispano-Americana**, 156, West 14TH Street, New-York.

Agente de “Prensa Gráfica” en Méjico, **D. Nicolás Rueda**. Avenida del Uruguay, 55. Apartado de Correos 2.546.

Para toda la publicidad extranjera en “Mundo Gráfico” y “La Esfera”, dirigirse a la Agencia **Havas**. 8, Place de la Bourse, París; 113, Cheapside, London E. C., y Preciados, 9, Madrid.

“La Esfera” y “Mundo Gráfico”. Unicos agentes para la República Argentina: **Ortigosa y C.^a**, Rivadavia, 698, Buenos Aires. Nota: Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes Sres. Ortigosa y C.^a, únicas personas autorizadas.

Delegación de “Prensa Gráfica” en Portugal, **don Alejo Carrera**. Rua

Aurea, 146, Lisboa, y rua Santa Catalina, 53, Oporto.

Para anuncios y suscripciones diríjanse a las delegaciones de “Prensa Gráfica” y “El Sol” en **Baleares y Cataluña** (Ibiza, Formentera, Cabrera, Mallorca y Menorca.-Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida), á Barcelona, Rambla de Canalejas, 9. Director: **D. Joaquín Montaner**.

En **Andalucía** (Córdoba, Sevilla, Huelva, Cádiz, Málaga, Granada, Jaén y Almería), á Sevilla, calle de Albareda, 16. Director: **D. Ramón García Lara**.

En las **Vascongadas y Navarra** (Alava, Vizcaya y Guipuzcoa.-Navarra), á San Sebastián, calle de San Ignacio de Loyola, 1. Director: **D. Pedro Garicano**.

En **Levante** (Valencia, Castellón, Alicante, Murcia y Albacete), á Valencia, Plaza de Canalejas, 2. Director: **D. Ambrosio Huici**.

CALVACHE

FOTÓGRAFO

Carrera de San Jerónimo, 16

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

EL MEJOR POSTRE

Carne de membrillo
JUSTO ESTRADA
PUENTE GENIL



—¿A qué se debe que antes no abundaban, como ahora, las mujeres bonitas?
—A que antes eran contadas las que usaban PECA-CURA, y ahora la usan casi todas las mujeres.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50. — 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pts., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES

Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÀ (BARCELONA).

SE VENDEN

los clichés usados en esta revista.
::: Dirigirse a Hermsilla, 57 :::

LA BIEN PAGADA

ÚLTIMA NOVELA
DE
"El Caballero Audaz"

::: EN TODAS LAS LIBRERÍAS :::

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 71 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

Pesos oro 600.000

entreganse a caballero formal de posando bondadosa é inocente señoría a: eitar suicidio. Escribid (con sello 25 céntimos para re- ptes- ta): Matrimonial Club of New-York, Oporto.

¿Quiere usted aprender idiomas?
Vaya á la

ESCUELA BERLITZ

ARENAL, 24

Nadie se los enseñará mejor



ESPAÑA LA MEJOR COLONIA

CARMEN, 10, ALCOHOLERA

DE LUIS ESTESO

Bacarà y Treinta y cuarenta
Novela ::: 3 pesetas
Librerías Fe y Pueyo. Madrid.

Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: 40 céntos. en toda España

Bon Ami

—para remover
nubes de
lunas de
espejos



Es difícil remover nubes y manchas de lunas de espejos, lavandolas, fregandolas y puliendolas. Pero un paño humedecido con Bon Ami las elimina fácilmente. El Bon Ami se seca en la luna del espejo y al removerlo con un paño suave y seco limpia completamente las nubes y las manchas.



Usese una espuma aguosa, pues limpia tan bien como una espesa y se remueve con mas facilidad.

DIAZ HERMANOS
Mesón de Paredes, 7, pral., Madrid

S-220



FOTOGRAFÍA BIEDMA

Alcalá, 23.—Teléfono 730

Casa de primer orden □ Hay ascensor



Misterios de la Policía y del Crimen

PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

Concesionarios exclusivos de LA ESFERA para la República Argentina:
ORTIGOSA Y COMP.ª, Rivadavia, 693, BUENOS AIRES